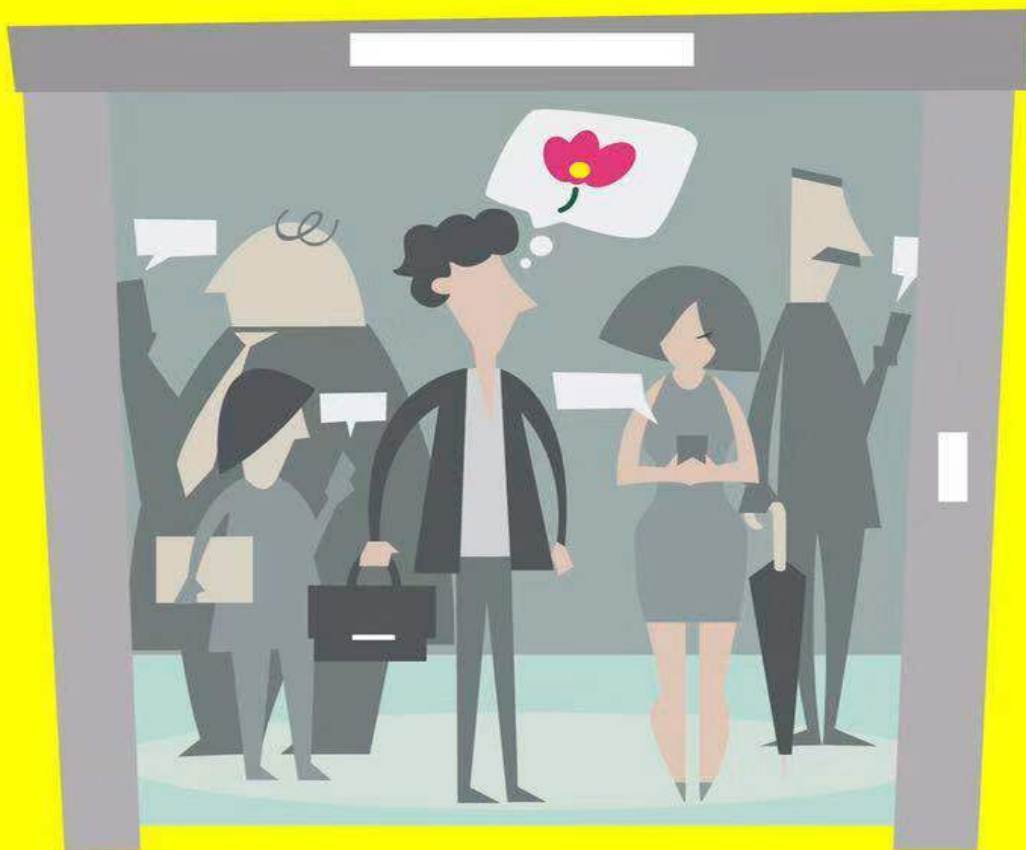


# EL SERPENTEANTE

SeR **PeNsante**



JULIO SUÁREZ GUERRERO

El serpenteante ser pensante.

Julio Suárez Guerrero

Dedicado a mi madre,

Agradecido a la tuya.

uno 一

dos 二

tres 三

cuatro 四

cinco 五

seis 六

siete 七

ocho 八

nueve 九

diez 十

once 十一

doce 十二

epílogo 结语

epitafio 墓志铭

—¡Oye!, mira esto—me dice.

Cojo el móvil del revés, le doy la vuelta, tecleo el 1312 para desbloquearlo y miro la pantalla:

—Tío... ¿Estás seguro de que vas a hacerte un tattoo a estas alturas? ¿Dónde? No podía creer que, sabiendo cómo de dramática había ido su última semana, hubiese tenido tiempo para pensar en hacerse, ya con casi treinta años, su primer tatuaje.

—En las costillas —me responde levantándose la camiseta y señalando la zona con el índice—. Duele de la hostia pero creo que es el sitio perfecto. ¿Te mola? Pega un salto hasta sentarse donde yo estoy y me quita el teléfono de las manos mientras desliza el dedo, impaciente, por la pantalla parcialmente rota del Iphone explorando por la infinita galería de imágenes, para enseñarme más fotos.

A mí, particularmente, no me apetece nada hablar de este tema, pero le doy una calada al cigarro antes de responder y, sin apartar los ojos de las imágenes de los posibles bocetos en la pantalla de su teléfono, le respondo:

—Pues sí, la verdad, no está nada mal. Miento, pero solo parcialmente, porque, a fin de cuentas, no me parece, para nada, feo, ni antiestético. En realidad, es, incluso, bastante mejor que la media. Sin embargo le respondo:

—Pero... ¿Por qué quieres hacerte eso?

De pronto noto cómo, al mismo tiempo que estas cinco palabras van saliendo, pausadas, de mi boca, le cambia la cara y se le enciende más y más la mirada como a un perro enrabiado, como si mi humilde opinión camuflada en mi pregunta fuera tremendamente crucial para él a la hora de decantarse por hacerse o no el tatuaje. En ese momento pienso en si mi frase “Pero... ¿Por qué quieres hacerte eso?” hubiese sido menos doliente sin esa pausa dramática (...) y sin esa ínfima, pero existente, socarronería en el tono. A lo mejor un simple y directo “Pero... ¿Por qué quieres hacerte eso?”, unido a una expresión física diferente mientras lo decía, habría cambiado las circunstancias. Interrumpe, de pronto, su ladrido mis pensamientos.

—¡¿Cómo?! Me suelta, a la vez que le sale un gallo al hablar, del cual es totalmente consciente, ridiculizando así la efusividad de su enfado, por lo que se cabrea todavía más, si cabe.

—¿Por qué? ...Pues para mí, porque quiero. ¿Por qué coño va a ser? ¡¿Te has fijado bien, siquiera?!

No me apetecía absolutamente nada empezar el día con una confrontación tan absurda, pero la sorprendente ausencia de resaca esta mañana me anima a entrar en esta guerrilla dialéctica. Apago entonces lo que queda del cigarro en el cenicero de Supreme falso y le replico con un tono pausado y tranquilo, ése que sé que le toca los huevos:

—Pero... ¿Cuándo te has imaginado a ti mismo con el tattoo ya hecho? ¿No se te ha pasado por la mente la imagen de alguien en particular, viéndolo, babeando y haciéndote mil preguntas estúpidas acerca de él? O, incluso, alguien a quien no conoces, simplemente dándole con el codo a la amiga al verte pasar mientras dice “Tía, mira que tattoo más guapo”.

—¡No jodas! Los tatuajes no son para nosotros mismos, son para que el resto de la gente los vea y nos asocien con el concepto de lo que llevamos grabado en la piel; no importa si es el escudo del Real Madrid, una palmerita californiana de las de tronco largo en la parte posterior del brazo, unas letras chinas o las siglas A.C.A.B en la espalda-.

En este punto de la discusión yo ya clavaba los ojos en el infinito evitando el contacto visual porque me ponía bastante nervioso el hecho de ver su careto encajando la sarta de dardos que le acababa de lanzar.

—Los tattoos son solo una forma más de expresión para con el resto, como el que quiere unas botas nuevas para el invierno y se compra expresamente unas Dr. Martens; y no es que Dr. Martens tenga “el monopolio de las botas resultonas para combatir el frío”. Tendría mil opciones para elegir, pero, bajo ningún concepto, va a conformarse con otras que no sean de esa marca, es como una forma más de pertenencia a un grupo o bien para reafirmar nuestra identidad.

—¡Ah!... ¿Sí? -replica, con un tono bastante más calmado del que me esperaba, aunque sin un atisbo de haberse dado por vencido en esta nuestra guerrilla dialéctica.

—¿Y qué me dices de la gente que tiene tatuajes escondidos, eh? Esos que solo puedes ver si coincides en la playa, o si eres su médico o salvo cuando te la estás tirando.

Gracias a Dios que esta mañana, repito, me encuentro sorprendentemente lúcido. Habiendo tenido resaca, la sensación de arrepentimiento por haber empezado semejante tortura verbal, estaría perturbándome todo el tiempo.

—Porque, básicamente, la gente que tiene “tattoos” escondidos solo

pretenden que los vean su círculo de amigos con los que va a la playa, su médico o quien se la esté tirando contra la pared.

En ese momento me vine arriba porque verdaderamente creía en lo que estaba diciendo; he conocido a gente que respondía punto por punto a ese patrón, quiero decir, la tía a la que te estás tirando que tiene un superoriginal “*every little thing is gonna be alright*”, escrito con tipografía de máquina de escribir, y que no quiere estar expuesta a que todo el mundo se percate de ello a simple vista: prefiere algo más discreto, algo que sea percibido por gente más cercana, pero, a fin de cuentas, juega al mismo juego.

—Tío, aunque se crea muy alternativa y elegante por tener un “*every little thing is gonna to be alright*” diminuto escrito con tipografía de máquina de escribir encima del coño, también lo hace para que en un momento u otro alguien lo vea y la asocie con eso. Sirve para reafirmar su personalidad, en este caso “alternativa” y “elegante”; sé que no es lo mismo que llevar el brazo entero tatuado pero... ¡Joder!, a fin de cuentas, juega al mismo puto juego.

Marcel saca un cogollo de la bolsa y se pone a desgranarlo con los dedos; yo, al mismo tiempo, lo miro de reajo, haciendo balance de los pros y contras de las dos opciones que tengo: 1) desaprovechar la inesperada oportunidad de encarar un domingo sin resaca o 2) asesinar el domingo antes del mediodía, fumándome eso.

—Tú no eres consciente de lo odioso que eres cuando te comportas de esa manera, eres un coñazo — replica mientras se lía el canuto.

—¿Me estás hablando de lo poco original que es para ti el hecho de hacerse un tattoo, simplemente, porque estas convencido que el motivo es el qué dirán? Tío, simplemente, lo considero como la mejor forma que tengo de dejarme 200 pavos ahora que tengo dinero ¿Me lo dices tú, que ayer estuviste esperando la de Dios en la puerta de la tienda, para hacerte con esas Jordan?- me dice señalándolas con desprecio. ¿Y eso no es por moda? ¿No es por el qué dirán? ¡No me jodas! No me vengas con ésas, sé que si esas zapatillas no tuviesen el hype que tienen ni te hubieses fijado en ellas, no son ni bonitas, si lo piensas objetivamente.

Marcel es mi mejor amigo de la infancia, pasamos juntos el final de la primaria cuando yo me cambié del colegio público al privado, la secundaria, la educación superior e, incluso, fuimos juntos a la Universidad; la única diferencia es que él estudió Administración y Dirección de Empresas y Marketing y yo Publicidad y Marketing. Pero, de todas formas, durante ese

periodo nos veíamos en todos los descansos para fumar entre las clases, descansos en los que él me suministraba de forma altruista casi siempre el tabaco. Es decir, digamos que compartimos en su totalidad el periodo de más inseguridad, incertidumbre, complejos y desconocimiento para con la vida desde sus puntos más incómodos hasta el posterior triunfo personal como dos universitarios, a los ojos del resto, relativamente molones y atractivos. Diría sin temor a equivocarme que podemos estar en el top tres de amistades más fuertes y profundas entre dos hombres blancos, heteros y europeos de nuestra generación. Lo que afirmo no está basado puramente en mi juicio sino en el juicio de amigos y amigas que han estado todo este tiempo cercanos a nosotros.

Nuestro concepto de amistad sería la combinación del concepto francés, relacionado con la consciencia del intelecto, el temperamento de la otra persona y los intereses intelectuales comunes; del alemán, en el cual toma mayor importancia los puros sentimientos entre las dos partes, muchas veces tan profundos que se remontan a la niñez y el de los chinos, los cuales se toman el concepto de la amistad muy en serio. Para empezar, no hacen divisiones de ningún tipo con respecto a la amistad como en otras culturas con eso de “amigos del trabajo”, “amigos de fiesta”, “amigas de clase de salsa” etc....y hay un compromiso total para conseguir metas; es muy común la ayuda económica para lograrlas. En cualquier caso, nuestro concepto de amistad distaba mucho del de la cultura americana o anglosajona en la que se espera mayor independencia a la hora de buscarse la vida y solucionar problemas.

En realidad, Marcel estaba totalmente en lo cierto; no es que esas zapatillas fuesen feas, en absoluto: no tienen nada que ver con la moda absurda de las ugly shoes de Balenciaga y esas cosas, Dios me libre; pero Marcel ha dado en el clavo afirmando que la decisión final de mi compra es por puro hype. Obviamente, ahora que las miro no son, para nada, las zapatillas de mi vida en cuanto a estética; no obstante, son por las que más pasta he pagado y más me he esforzado por conseguirlas. La verdad, hasta ahora, nunca había ido a una tienda a esperar una cola para comprar ropa.

—Ni siquiera te gusta el baloncesto, si no fuese porque todos los raperos jóvenes calzan Jordans ni las hubieses mirado, no sabes nada de Jordan ni de basket más allá de *Space Jam*. Me da un pequeño manotazo a los pies para que los mueva de la mesa o los ponga en otro lado. Mi tattoo vale lo mismo que tus zapas y al menos dura más de dos veranos.

Me apetece soltarle un “¡Olé tus cojones!” porque no puedo estar más de



acuerdo. No obstante, esbozo una sonrisa y me inclino hacia atrás en el sofá adoptando una postura comodísima para mí y sufridísima para mi espalda. Y le respondo:

—Puede, pero las zapatillas no forman parte de mí, los tatuajes son diferentes... Son... como una especie de muro de Facebook primitivo. En realidad, verdaderamente pienso que el objetivo es el mismo: uno no comparte una canción en Facebook porque le guste; si te gusta, te gusta y punto, te gusta para contigo, te gusta por dentro. Pero la gente escribe sus gustos y demás en Facebook para que los amigos que lo pueden ver lo asocien a esa canción, a ese grupo, a esa forma de pensar o a lo que sea con tal de que quede constancia de que su personalidad tiene mucho que ver con la del Frank Ocean o el Kendrick Lamar de turno. Únicamente quieren que la gente piense que piensan como el famoso cool piensa.

—Si simplemente nos gustase una canción, sentiríamos el placer de escucharla nosotros mismos, no compartirla con nuestros contactos; pero no, una canción, como todo, tiene connotaciones y nos encanta que nos asocien con determinadas connotaciones para reafirmarnos personalmente. Botas y tirantes-nazi, BMW—soy un hombre de éxito pero no el típico clasicazo ejecutivo conservador constructor; o estética punk —me la pela mi vida, me cago en la tuya, estoy al margen de todo sistema, pero paso más tiempo ante el espejo que cualquier metro sexual para poder salir de casa de esta guisa. Marcel abre los ojos como si le hubiera regalado la victoria y me empuja mientras sujeta el porro ya liado, triunfalmente.

—¡Pero de eso se trata!-dice- No puedes luchar contra eso, por eso mismo, en todas las redes sociales como YouTube, Instagram o lo que sea, tienes un botoncito que pone “compartir”. No es divertido no compartir las experiencias con el resto; tú mismo eres el primer pesado que llega siempre que ha visto una mierda de peli nueva con los ojos rojos diciendo: “¡¡TÚ, TÚ, TÚ!!... ¡¡Tienes que ver la peli que vi ayer!!...” Ayer mismo, nada más entrar al restaurante donde estábamos cenando, lo hiciste nada más llegar, como si fuese lo mejor que te ha pasado en la vida-y echa una bocanada de humo hacia arriba.

—Tío, es una de las razones por las cuales somos humanos, por eso el eslogan de la marca más famosa del mundo es “Share Coca Cola”, por eso Alexander Supertramp o como se llame el tío de la peli de *Into the wild* la palma tan arrepentido. Se da cuenta, mientras se está congelando en la furgoneta solo, no sé si te acuerdas... (Si a estas alturas de la vida no habéis

visto la película el spoiler es merecido y no me arrepiento ni me disculparé por ello) que la aventura sin ser compartida con otros no tiene sentido.

Se enciende el peta y le da un par de caladas

—“Compartir” ¡es la palabra más importante del siglo XXI! –me dice pasándomelo con una sonrisa.

Hoy he dormido seis horas completamente atravesado en la cama, mi cuerpo ha pasado horas tumbado de forma diagonal mientras mi cabeza reposaba trasnucada en el borde de la cama y las sábanas Ralph Lauren Home estaban enredadas en mis piernas cual serpientes como si de *Laocoonte y sus hijos* se tratase. En definitiva, me he levantado hecho mierda. Mi primera necesidad ha sido, como siempre, la de calmar la sed y, ¡Cómo no!, después de palpar a ciegas en la oscuridad de mi habitación, descubro que no he comprado agua.

De nuevo, he vuelto tan borracho que, si hubiese parado apenas dos minutos siquiera a comprar en una tienda de conveniencia 24h que está a escasos cincuenta metros de casa habría supuesto un riesgo real de no tener suficiente fuerza para arrastrarme hasta la cama. Desde que empecé a pillarme unas borracheras épicas cada fin de semana, he desarrollado una capacidad envidiable para guardar el combustible suficiente dentro de mi cuerpo que me permita salir del taxi como alma que lleva el diablo y, una vez alcanzado mi destino, llegar dando tumbos en línea recta con las llaves en la mano hasta mi cama. No obstante, como he dicho, la cantidad de combustible o fuerza interna que debo emplear tiene una relación tanto física como psicológica, por lo que, en algunas ocasiones, en las que algún imprevisto me ha llevado más tiempo del que tenía pensado para comenzar mi particular carrera sin retorno (que, habitualmente, comprende el recorrido desde que el taxi me deja en mi calle hasta mi habitación), me he quedado a mitad de camino, literalmente. Como un alpinista muerto de frío a mitad de la expedición que se ha dado por vencido y se deja caer y morir congelado a pocos metros del campamento base.

Ha habido momentos en los que he hecho todo el camino de vuelta en coche dando cabezadas o luchando entre la vida y la muerte completamente borracho sin poder ni encenderme un cigarro ni emitir palabra alguna y, en cuestión de segundos, al divisar mi casa (mi campamento, mi final de etapa, mi objetivo) y oír los gritos lejanos en mi oreja de “¡Hemos llegado, despierta!”, aunque procedan también del interior del vehículo, lograr sacar fuerzas de la nada para abrir la puerta y tirar escopetado como un corredor olímpico en dirección recta, subir escaleras arriba para después desconectarme, o apagarme cual robot al notar el contacto familiar y esperanzador de las sábanas al derrumbarme sobre la cama.

Normalmente el recorrido comprende diferentes etapas:

1) Pago del taxi o Uber o despedida del conductor si me trae un amigo en coche. En esa etapa la clave es usar los instantes previos al momento de llegar pensando en las fases del proceso de salir del vehículo pertinente para llevarlo a cabo lo más rápido posible. Siempre teniendo en cuenta el meterse las manos en los bolsillos y palpar que se lleva todo encima, antes de bajarse, puesto que una vez uno oye el sonido del cierre de la puerta y está en la calle de nuevo, se sabe que es como el pistoletazo de salida de una carrera olímpica, y no hay margen alguno para hurgarse en los bolsillos en busca de las llaves o la cartera.

2) El espacio de tiempo que va desde el pistoletazo de salida, una vez fuera del vehículo estacionado hasta el ascensor. Es, probablemente, la parte de la etapa más explosiva, breve y física. Es cuando usamos el combustible alcohólico-eufórico ingerido en bares a modo de ácido nitroso en nuestro motor corporal para hacer un sprint a toda velocidad para llegar al interior de nuestro portal. El máximo riesgo en esta etapa es la de caer al suelo debido a lo ciego que vamos y levantarnos a la mañana siguiente como si hubiésemos pasado las últimas semanas en la Guerra del Golfo. Tampoco se ha de mirar atrás ni apiadarse de algún soldado caído en el camino en acto de honor.

3) Ascensor: En mi experiencia personal es una de mis fases favoritas puesto que en un 90% de las veces el hecho de haber llegado a esta fase supone un éxito posterior en la misión. Recuerdo con cariño el ascensor de mi casa de Madrid, el cual era siempre un éxito. Una vez llegado al ascensor y pulsado el botón lo único que queda hacer es lógicamente mirarse al espejo la cara de monstruo totalmente alcoholizado y pensar: “Claro, ahora entiendo por qué vuelvo solo otra noche más”.

Además el espejo del ascensor de mi piso de Madrid tiene la capacidad de resaltar los detalles más feos de las personas; ¿Tienes tres pelos en el entrecejo? Van a parecer, al menos, dos centímetros más largos de lo normal; ¿Tienes puntos negros en la nariz? Van a parecer hoyos de golf, ¿Que vuelves a casa con las pupilas ligeramente dilatadas? vas a parecer un gato pardo en busca de *keta*. El problema viene dado porque, en que el ascensor de Shangai, vivo en un piso 17 de 32 y lleva 23 segundos en llegar desde el hall del edificio a la puerta de mi apartamento. En esos 23 segundos en estado de *jari* mirando al espejo o meneando la cabeza como un péndulo para adelante y atrás (a veces dejando peligrosamente descansar mi frente contra el frío cristal del espejo) puede pasar cualquier cosa, la más normal el apagarse antes de llegar al piso correspondiente y despertarse a la mañana siguiente todavía

dentro del ascensor rodeado de un grupo de niños chinos vecinos, mirando perplejos mientras los acompaña su madre, que te fulmina con la mirada, antes de llevarles a sus clases de piano o esgrima del domingo por la mañana. Debido a la altura de los edificios, mi porcentaje de éxito en la *Fase ascensor* en la ciudad de Shangai no es tan alta como en otras ciudades.

Viene a mi recuerdo una ocasión en la que no me tenía en pie, de la cogorza que llevaba encima, fermentada después de una noche de nueve horas de borrachera. Logré entrar en casa de mis padres, cruzar el pasillo sin mirar atrás, balanceándome contra las paredes escuchando detrás de mí los cuadros caer y, al llegar a mi habitáculo, dejarme caer triunfante en la cama; todo esto con la mala fortuna, de que, al caer, mi cabeza golpeó el cabecero (aunque apunté a tuestas hacia la almohada); desperté la mañana siguiente con la ropa del día anterior todavía puesta, las sábanas con sangre y una brecha encima de la ceja. Puta vida.

Volviendo a mi misión de buscar agua; bajo a la calle vestido con lo primero que pillo (unos pantalones cortos comodísimos, de estos amplios y abombados tipo Aladín alternativo que me compré en Tailandia, la camiseta de *The Libertines* con la que dormí y una gorra de Lacoste negra de Marcel que, no sé por qué me la puse —nunca uso gorra y no me quedan bien— y, por fin decido irme del apartamento. A la que salgo, me quedo con el picaporte de la puerta en la mano, lo pongo otra vez con un poco de dificultad, pruebo que funcione... funciona... Aun así maldigo: “¡Me cago en el picaporte! Hay que arreglarlo ya”. Me encanta emplear frases imperativas en impersonal, quitándome toda responsabilidad de emprender el proceso de buscar la solución al problema.

A la que entro en la tienda y suenan las puertas mecánicas abriéndose las dependientas me dedican un “huānyíng guānglíng” sin mirarme, como se fuesen robots; supongo que en su contrato pone que tienen que dar la bienvenida a todo cliente que llegue y el sonido de la puerta automática al abrirse es el aviso que tienen para soltar su frase, sin dejar de hacer sus tareas, en modo piloto automático. Eso es algo que se puede ver en muchas franquicias de comida rápida; me acuerdo que, en Los Ángeles, en todos los Subway los empleados reciben a los clientes con un coral “Welcome to Subway” y por la mañana se puede oír a los dependientes mejicanos tan sonrientes “¡¡¡Welcome to Subway!!!” y, a medida que pasa el día, va derivando en un “welcome subwaay” hasta el característico, agónico y deprimente “suubweey” que

murmullan a coro, ya a partir de las siete de la tarde.

De pronto, veo en el fondo de la tienda a esta chica llamada Amanda, a la que me tiré hace tiempo. Es china- francesa, o algo así, pero a mí no me parece ni china ni francesa, aunque va de que es francesa a veces, pero también china cuando le conviene, simplemente para parecer más cool. Miro mi reflejo en el espejo de la nevera de los helados y, a pesar de las pintas que llevo, mi olor y la hora del día, que me delatan sobre lo que hice la noche anterior, me veo bastante guapo. Luego la miro a ella mientras me fijo cómo tiene sus dudas entre adquirir un zumo de zanahoria-zucchini o de kiwi-kale y digo para mis adentros “Ya le gustaría a esa zorra levantarse con la cara con la que me he levantado hoy después de haberme pillado la merla que me agarre anoche”. Luego, me vuelvo a mirarme otra vez acercándome más al espejo, pongo más atención en los detalles de mi cara y vuelvo a decir para mis adentros “¡Qué coño! Ya les gustaría a la mitad de las zorras que he conocido levantarse al día siguiente y verse tan bien como estoy hoy, después de una noche como la de ayer”...

—¡Zǎo!-me dice Amanda con una sonrisa falsa y abriendo los ojos haciéndose la sorprendida de verme.

—¡Zǎoshang hǎo! —le respondo intentando poner la mirada ensayada más atractiva, felina y seductora que puedo—. En realidad, los tíos damos pena, ¡Cuánta confianza tenemos cuando hablamos con alguien que ya nos hemos tirado y qué indefensos e inseguros nos mostramos ante una mujer que no nos ha hecho ni puto caso desde que la vimos por primera vez! ¡Qué primates endebles con personalidad forjada a base de cimientos de arcilla hechos en clases extraescolares de tercero de primaria!

Termino antes que ella de comprar el agua, elijo Evian puesto que es el agua más cara de la tienda y llevo unos meses pensando que, al menos, si voy a maltratar mi cuerpo y mente irremediabilmente con excesos nocturnos será bueno llenar el cuerpo con el mejor combustible posible; también compro un par de sándwiches de atún y jamón, que es lo único comestible y que no está hecho de plástico de todo el establecimiento. Me enciendo un cigarrillo mientras la espero fuera mirando cómo juegan unos niños monísimos conduciendo sus mini replicas perfectas de Audi R8 y Bentley Continental GT en mitad de la calle en medio de una vorágine de ruido de frenos de coches y excavadoras. No me imagino a ningún niño de mi época llegando al parque con semejante juguete. Pienso si verdaderamente se los han regalado en el concesionario a sus padres al adquirir el verdadero.

—Oye, te has fijado que en China no hay niños fumando? — le digo mientras me giro parcialmente, a la que oigo, de espaldas, el ding-ding de la puerta abriéndose.

—¿Cómo dices? —me contesta dejando las bolsas de la compra en la entrada y sacándose un cigarrillo del bolso Gucci con estampados florales bastante rompedores, encima de los motivos típicos de la marca, para que se lo encienda.

—Digo que, no hay preadolescentes fumando a escondidas. En realidad, me doy cuenta de que, por ahora, no he visto todavía niños en la puerta de los colegios fumando o escondiendo las cajetillas en las mochilas, ninguno nunca me ha pedido fuego hasta el momento... Ni siquiera he visto la típica situación en cual ves al chavalín haciéndose el remolón a la entrada de un convenience store a la espera de que alguien se apiade de él para comprarle cigarrillos cuando entra o darle uno la salida. Ahora que caigo, ni tan siquiera alcohol; tampoco recuerdo ver a preadolescentes borrachos en la puerta de un garito, o bebiéndose una cerveza en un banco en la calle para hacerse los mayores.

—Nunca nadie me ha pedido tampoco un cigarro o comprarle algo, esa situación es bastante común en Europa. Pero... ¿Cómo es posible siendo China un país comunista, con tanto tabú para estas cosas?

—Bueno, en China fuma todo el mundo- le respondo- Incluso un día leí que China produce el 40 y algo por ciento del tabaco del mundo, creo que el 68% de los tíos adultos es fumador, 68% ¿Sabes?-.Creo que dijeron que como el sesenta y algo también de doctores fumaba, una locura. Pero me ahorré el decir este último dato, hubiese parecido un poco forzado.

—Aquí cualquier niño pequeño puede ir a una tienda y pedir lo que quiera diciendo que es para su padre, para su tío o para quien sea- me dijo Amanda.

—Eso he oído pero nunca lo he visto tampoco —respondí. Ella asintió y nos quedamos callados mirando las obras. La verdad es que aquí no está nada mal visto el ser fumador, es más, sigue siendo un hábito muy común; mientras que en Europa somos repudiados, ya es totalmente un hábito antisocial, los que fuman, que fumen, pero en la calle.

—Supongo que no es sexy —me comenta cruzando las piernas, balanceando levemente las caderas de izquierda a derecha y fumando como si fuera una actriz de cine, pero a mí no me la cuela.

—¿Cómo dices? Me acerco.

—No es sexy, no es sexy porque no está prohibido.

Me quedo un rato asimilando las palabras sin demasiada convicción- “No es sexy porque no está prohibido”... Debe de ser que no es sexy porque no hay nadie que te haya dicho nunca lo malo que es de una forma seria, no es sexy porque nadie te va a detener en caso de que quieras comprarlo, ni siquiera con lleva un esfuerzo o un sacrificio, ni preguntar a otros siquiera ni hacerte con un carné falso ni nada. Si eres un chinito y que te pasas la niñez viendo lo normal que es el fumar el interés baja a mínimos, es como si ya hubieses hecho el examen antes de empezar a estudiar.

— ¡Claro! —me giro para mirarla—. Si algo es polémico y además le ponemos el extra de que es ilegal nos pone a todos cachondos, es así de simple, supongo- El tabaco aquí es una necesidad, es un bien de consumo diario generalizado, no es para nada especial, han visto fumar constantemente al profesor, a su padre, al amigo de su padre al que admiran y también al amigo de su padre al que detestan. Ha perdido todo tipo de magia. Para un chino un paquete de impoluto Marlboro Light junto a un Iphone y las llaves del coche alemán no dice nada, y para un tío de México D.F. o para ti o para mí es parte de un outfit específico: es hasta un objeto de reafirmación personal.

Tira el cigarro al suelo, coge la bolsa y me pasa la mano alrededor del cuello —creo que la explicación más simple es que, como humanos, tendemos a sobrestimar todo lo que es difícil, peligroso o prohibido, y cuando lo logramos, perdemos el interés— En ese exacto momento me empalmo sigilosamente y recuerdo por qué me fijé en ella cuando la conocí. Tiene una cara absolutamente felina. Yo soy muy de perros, pero estéticamente los felinos me vuelven loco. Considero que las mujeres tienen rasgos tanto físicos como psicológicos felinos, y los hombres puramente caninos. Generalmente las mujeres son como gatos y los hombres como perros. A las mujeres se las acaricia cuando quieren ser acariciadas, los hombres van cachondos por la vida meneando el rabo y con la lengua fuera de forma bobalicona permanente; las mujeres aceptan y se reconfortan con el cariño y el afecto ajeno pero pueden vivir sin él, los hombres somos tan dependientes de estos instintos afectivos como los perros del dueño. Respecto a los rostros asiáticos me parecen también mucho más felinos que los rostros occidentales, tienen los ojos atigrados, la nariz mucho menos insolente y plana y los cuerpos más menudos. Con lo cual el hecho de ser mujer y, además ser mujer asiática, es algo que me atrae muchísimo puesto que me parecen, dependiendo del estilo y la personalidad, gatas, tigresas o panteras.

Me siento halagado de sentir, por su comportamiento coqueto, que sigo



teniendo encanto para ella a pesar de mis pintas de domingo de resaca y pienso, de camino a casa, todavía empalmado, que aunque me encantaría, no puedo volver a quedar con ella. En este momento de mi vida no tengo un duro y las citas con Amanda son más caras que irse de putas. Como dije, adopta las características chinas o francesas que hay en su sangre según le conviene, es decir, tiene devoción por los restaurantes caros franceses y, a la hora de pedir, lo hace a lo chino, no se deja nada de la carta sin probar.

Aun así, me alegra ver que sigue en forma y además tiene absolutamente toda la razón, su comentario sobre lo tanto que nos pone lo prohibido a los seres humanos se puede aplicar a cualquier cosa, ya sean metas, sueños, mujeres, o, incluso, un paquete de cáncer.

La mañana pasada, le comenté a una amiga que me masturbaba en el trabajo; lo hacía, bueno, y lo hago, justo después de comer, sobre las 13.00. Lo llevo haciendo al menos un par de días por semana desde que conseguí mis primeras prácticas como becario, ya hace cinco años en un banco en la zona noble del centro de Madrid. No me creyó, se lo tomó a broma y me llamo “personaje”. No entiendo cómo se lo pudo tomar a broma, sé que no dice mucho sobre mi interés o sobre mi compromiso con respecto a mi trabajo, puesto que refleja la evidencia de que gozo de bastante tiempo libre, pero yo lo encuentro totalmente terapéutico. No es ni siquiera placentero, lo hago para expulsar los problemas y la tensión: es como un ritual. Es mi yoga.

La única preocupación que he tenido desde que empecé este pasatiempo es la de si los baños comunes en las plantas de los edificios de oficinas son de los cerrados por arriba y por abajo, con puertas y paredes que llegan hasta el techo o de los que están parcialmente abiertos, pudiéndose ver los pies de los que defecan, esnifan cocaína (normalmente los consultores financieros en corporaciones potentes o publicistas) o, simplemente, se masturban usando su teléfono móvil, o, los más tradicionalistas, como yo, la imaginación. En esos casos, el nivel de precaución debe ser ligeramente mayor. En mi caso, al principio, empecé masturbándome laboralmente como si mease, de pie pero ya hace años que he adoptado la postura de sentado, como si estuviese defecando. De todas formas, tengo que reconocer que, la verdad, es que me han llamado durante los 26 años de mi existencia demasiadas veces “personaje”, de hecho, me encanta cuando me lo llaman de forma dulce, me hace sentir especial, me hace sentir menos burdo, me hace sentir unicornio.

Al terminar la paja y volver a mi mesa de trabajo, me puse el reto personal de intentar estar un largo periodo de tiempo sin tener citas, debido, básicamente, al penoso resultado de las últimas. La última que tuve, sin ir más lejos, fue con una chica que conocí en Tinder: en las fotos de su perfil parecía tener un cuerpo curvilíneo la mar de apetecible y una cara de pija insoportable de esas que cuando están en la cama te piden que las bajas cuatro clases sociales.

Las conversaciones previas a la cita con ella eran caóticas, ordinarias y sin

sentido, como un fuego cruzado de metralla entre trincheras. Mi paciencia llegó a un límite y le sugerí una tregua para decirnos lo que nos quisiésemos decir a la cara, así que le propuse cenar después del trabajo en un restaurante muy cercano a mi casa. Elegí sentarme en un lugar entre la terraza y el comedor central bastante íntimo, como una especie de reservado pero abierto a cualquiera. Diría que es el rincón de toda la ciudad donde me siento más cómodo en una cita. Como era de esperar, llegó tarde; yo ya me había pedido un vaso de vino para amenizar la espera. El hecho de que llegase tarde da igual, el hecho de que me pidiese un vaso de vino da igual, lo único que importa es que la persona que entró por la puerta era totalmente diferente a la de las fotos.

Durante los tres primeros minutos me pareció absolutamente otra persona, lógicamente bastante menos agraciada que la semi modelo de sus fotos de Tinder, últimamente hay pocas sorpresas favorables; lo cual me hizo pensar al momento que la cita debería durar lo menos posible. Para colmo, su forma de hablar no tenía nada que ver con la caótica- malhablada impertinente pero con “algo” que parecía durante el intercambio de mensajes, sino más bien simplona e introvertida. ¡Cuánta gente se pone el disfraz de valiente cuando da su opinión a través de una pantalla y luego a la hora de la verdad, en el cara a cara, son del todo inseguros e inofensivos!

Yo me meforcé a preguntar todo tipo de cosas estimulantes, lo que no era fácil tarea; para evitar tener que cortarme las venas encima del mantel de la mesa; mientras bebía, pausado, el vino; ella devoraba su sándwich cubano con tres tipos diferentes de queso como si no hubiera un mañana, lo cual me hacía sentir más desahogado, puesto que por lo menos, la cita duraría poco. Tras unos minutos de titubeos, más preguntas y alguna broma aislada empecé a sentirme algo más cómodo y, a medida que bajaba mi vaso de vino, pensé que, aunque era una impostora indecente por poner tantos filtros a las fotos que la hacían irreconocible, mis necesidades humanas empezaban a cuajar por debajo de mi ropa y decidí llevar a cabo el mismo plan que si fuese la misma chica despampanante de las fotos.

Para empezar, decidí besarla; me resultó sumamente fácil la aproximación ya que aproveché el momento en el que volví del baño para sentarme a un lado de ella en vez de en frente de la mesa, como estaba al comienzo de la cena. Ella respondió metiéndome la lengua hasta la parte posterior del globo ocular como una perra desatada.

Ese comportamiento animal fue reconfortante para mí, puesto que me hizo

pensar que sería fácil invitarla a subir a casa lo antes posible. Le propuse dar un paseo que aceptó y, cuando la camarera trajo la cuenta, directamente, ella me miró a los ojos asumiendo, aceptando y dando por hecho que yo pagaría, y lo hice sin miramientos, bendito desembolso. El fin justifica los medios. De camino a la puerta me fijé en que todas las chicas del bar estaban buenísimas. Me fui andando con la mía y le di un par de besos en algunas esquinas oscuras de camino a mi casa porque me daba un poco de vergüenza besarla en público, ya que conozco a bastante gente de mi vecindario. Al llegar a mi portal le dije que yo vivía allí mismo y si le apetecía subir, a lo que me respondió:

—¡Pero yo no soy un booty call!

—Por supuesto que no lo eres, no te he llamado estando aburrido en casa y has venido, hemos quedado para cenar y ahora te pido que subas a casa si te apetece—repliqué creyéndome mi propia historieta.

Se las pira. Así que me vuelvo a casa con el cabreo y una sensación de haber perdido el tiempo y el dinero puesto que es una impostora muchísimo de peor ver que en sus fotos de perfil y que, además, tampoco es tan facilona como para terminar la faena la primera noche. Bueno, a decir verdad, mejor que mejor, porque, como se hubiese querido quedar en mi casa, a poco que le hubiera dado mimos, después de haberlo hecho, me iba a costar más trabajo y me iba a dar más pereza echarla que quitar el árbol de Navidad a finales de enero—principios de febrero.

Llego a mi casa y miro el móvil y vuelvo a ver las fotos: es acojonante la diferencia... ¿Cómo ha podido hacer eso? ¿Le habrá funcionado alguna vez? Siempre va a ser una eterna decepción en cualquiera de sus citas si sigue utilizando semejantes fotos en Tinder; tras unos segundos mirando la pantalla decido masturbarme viendo las fotos de su perfil, fotos por las cuales decidí desesperadamente quedar con ella... ¡Manda huevos!... Voy a masturbarme con las fotos de perfil de Tinder de una persona con la que acabo de quedar en persona y no me atrae lo más mínimo en la vida real... Incluso sabiendo que son material falso, virtual y mentiroso...

Después de esta experiencia debo decir que se han acabado las citas; o sea, cuando haya noches que se den las circunstancias de volverme con alguien a casa y se junten los astros para que los dos estemos de acuerdo en que nos podemos aportar cosas relevantes el uno al otro, más allá de la corrida de la noche anterior, entonces sí que saldré a cenar, ir a un brunch, al cine o a museos con esa chica; lo que no pienso es organizar quedar dos o tres veces

por semana como antes, verdaderamente me encuentro sumergido en un periodo de pesimismo absoluto con respecto a este tema.

A decir verdad, por otra parte, cada vez que me veo en la situación en la que alguien me pregunta de nuevo sobre si tengo novia, siento una vergüenza que te cagas; sobre todo si es alguien amigo de la familia o de mi propia familia. Llevo tanto tiempo sin tener novia que creo que la gente se huele que me molan los tíos o algo así. Es imposible encontrar una persona con la que merezca la pena comprometerse en esta era de mierda de tecnología, redes sociales y esas polladas, era mucho más fácil antes. Pues sí, cuando no costaba dos segundos y medio contactar con alguien; si decidías hacerlo era porque verdaderamente querías compartir un tiempo de calidad con esa persona. Por ejemplo, si ibas a casa de alguien o decidías llamar a su teléfono fijo para quedar era porque prácticamente ibais a emplear el día entero juntos.

Eso no es una decisión que se toma a la ligera, eso lleva su tiempo. Había que llamar al teléfono de casa, lo cogían los padres o la asistenta y te preguntaban quien eras... Incluso más adelante, cuando salió el móvil, había que pasar horas releendo el mensaje de texto a un coste de 30 céntimos de euro antes de enviarlo definitivamente a la tía de tus sueños de ese verano; porque, una vez enviado, cuando veías en la pantalla el icono del sobre de carta con alas y el “enviando... en color negro sobre fondo verde botella, no había vuelta atrás.

Pero ahora, por el contrario, ya nada es un big deal, ahora es posible, en un momento y de forma gratuita saber que está haciendo cada uno de tus amigos y fijar una hora para quedar y verles. Es como pedir dosis de tiempo con gente para llevar, como hacemos con la ropa o con la comida, solamente hay que elegir la talla, el color... Recuerdo una vez, en la que me levanté cachondo como una perra un domingo por la mañana, por haber estado filtrando con varias mujeres la noche anterior sin ningún resultado práctico aparente. Me desperté solo en la cama, abrí el Tinder y escribí a la primera mujer con la que había tenido un *match*; le pregunté sin rodeos si quería tener sexo en mi casa, y me respondió: “Estoy haciendo jogging en tu calle ahora mismo, puedo subir”. Y en menos de 20 minutos desde que había decidido abrir la aplicación, ya tenía a alguien comiéndome el cimborrio. Terminamos el trabajo y siguió su camino haciendo *jogging*: Sexo a domicilio puro y duro. Imposible satisfacer las necesidades de forma más rápida, fácil y barata.

Cojo el móvil y empiezo a mirar en la agenda del Wechat, 597 *Contacts*. Al menos en Facebook los llaman “amigos”. Recuerdo que hoy he leído que el dueño de Tesla ha decidido prescindir de los perfiles de sus empresas en

Facebook por información esclarecedora acerca del mal uso que ha hecho Mark Zuckerberg sobre la protección de datos. Me imagino cómo sería un servicio en el cual utilizas un patrón de comportamiento a partir de tus conversaciones con la gente para no volver a cagarla de nuevo en relaciones futuras; ese negocio verdaderamente tendría una responsabilidad social conmovedora, me haría cuenta premium, fijo que sí.

Mando una nota de voz a mi amiga Albertine, ella es mi mejor amiga en España, supongo que a estas alturas casi la única, Albertine es una amiga a la que conozco desde mi etapa en el primer curso de secundaria en el colegio, tiene gusto a la hora de vestir y es racional e independiente. Es la típica mujer moderna burguesa con vida social activa. Nuestra relación se sostiene en que nunca nos hemos encontrado el uno al otro lo suficientemente atractivos como para poder arriésganos a llevar nuestra relación a más y acabar con la amistad, aunque ambos reconocemos el atractivo en algunos puntos del otro; supongo que no nos podemos permitir perder el lugar que ocupamos en nuestras respectivas vidas porque ambos sabemos que, a día de hoy, no va a haber otra persona capaz de llenarlo. En las relaciones de amistad mujer-hombre en las que ambos son relativamente atractivos, la antigüedad de la relación es totalmente determinante: una vez pases una edad no es posible encontrar nada igual y, de todas formas, siempre habrá un riesgo constante de acabar tirando todo lo conseguido por la borda una vez que los acontecimientos sean propicios para que una noche juntos acabe desembocando en revolcón.

Decido contarle un drama de 45 segundos de nota de voz (la amistad verdadera entre sexos opuestos brinda un servicio premium de consultoría de desamor inigualable) Espero la respuesta. Por cierto, no lo he dicho antes, pero Albertine es psicóloga y está especializada en adicciones, supongo que mi relación con ella tiene ahora todo el sentido del mundo. Me contesta a las dos horas explicándome que el problema, según ella, es la sobre exposición a la que nos vemos a la hora de conocer a gente. “Ahora tenemos miles de contactos en nuestro teléfono, tío, yo trabajo con más de 300 personas en mi planta ¡Solamente en mi planta! ¿Sabes la cantidad de tíos buenos que hay allí? Y luego no sé... vamos al gym, quién no va a clase de salsa, eso sin contar los fines de semana... ¿Sabes la cantidad de tíos que pueden hablarme en una semana? Ese creo que es el problema. ¡¡Imagínate que fuese un verdadero pibón!!...Nada, nada... cada vez es más complicado”.

Tiene razón, en la época de nuestros padres, ¿A cuántas personas podías conocer? A las de la universidad o el trabajo, algunos encuentros rápidos o a las chicas del pueblo de veraneo, pero para de contar. De ahí, que se casase todo el mundo tan pronto; si conocías a la chica que creías que era la mujer de tus sueños (como a muchos nos pasa cada fin de semana, a mí últimamente que estoy más sensible y más social, unas tres veces por semana) o la amarrabas o tenías que esperar mil y una noches hasta dar con la siguiente. No había opción. Bueno... Ya no me quiero ni imaginar cuando conseguías llevar a una a casa, ahí habría que darle todo, debías hacer la actuación más memorable de tu vida: echar un polvo a lo ex presidiario.

Estoy seguro de que, por aquel entonces, antes de que la tecnología lo echara todo a perder, estas cosas eran mucho más espontáneas, todo mucho más real.

No hacía falta mantener ese perfil virtual de uno mismo que ha sido alimentado durante años con fotos interesantes sobre nuestros viajes y experiencias alrededor del mundo y completarlo con una descripción sobre aspiraciones de lo que somos e ir añadiendo a las personas con las que nos topamos creando nuestra propia audiencia en torno a lo que queremos que otros crean que verdaderamente somos. De esta manera, podemos evitar emplear tiempo físico con nuestra audiencia o contactos. Simplemente dedicándonos a hacer nuestra vida e ir añadiendo actualizaciones mientras estamos tumbados a la bartola en la cama que reafirmen los pensamientos y opiniones ajenos acerca de nuestro estilo de vida y así lograr atención, respeto o admiración por su parte, sin tener que ganarse nada de eso en el tortuoso y poco productivo arte del cara a cara. Es una nueva forma de trabajar de forma remota en nuestra reputación personal.

De pronto caigo en la cuenta y recuerdo la primera vez que le pedí a una compañera de piso, que era una autentica fresca, que me dejara un momento su teléfono móvil para ver su perfil de Tinder. Automáticamente experimenté la sensación de ver las cosas sobre el otro lado, es decir, ver el Tinder bajo la perspectiva femenina. Me sentí como si hubiera pisado el *Dark Side of the Moon*; era como una broma pesada, en un espacio de tiempo no mayor de tres minutos vi, como si se tratase de un catálogo de IKEA humano, como unos diez tíos más altos, más rubios e interesantes que yo le hicieron *match*; creo que fue ahí cuando perdí la inocencia con respecto a la interminable oferta de tíos de la que gozan las mujeres.

—Si eres mujer debe de ser un canteo y, si eres un pibón de mujer, ya la de dios... y tú eres semi pibón—le dije.

De pronto, empaticé mucho más con las mujeres que me habían mandado a la mierda. Porque, a pesar de todo; son nuestra razón para levantarse, correr las cortinas desde la cama, confirmar con nuestros propios ojos nuestro presentimiento de que fuera hace un tiempo horrible, maldecir, aun así quitarnos de un manotazo las sábanas y levantarnos para meternos en la ducha y luchar el día; son nuestra razón y esperanza para superar una y otra vez las desgracias y obstáculos diarios.

Si tuviese que elegir un solo deseo a día de hoy sería ser capaz de poder seguir interactuando con ellas de la forma en la que lo hago en estos momentos, con las mismas facultades, atención y frecuencia y manera durante todo el tiempo que dure mi existencia.

Creo que la respuesta de un solterón joven de “todo el dinero del mundo” ante la pregunta “¿Qué pediría si pudiese formular un único deseo?”, no es simple ni es superficial, atiende simplemente a la ignorancia y falta de conocimiento de la naturaleza del propio ser. Porque la verdadera razón de que ese joven inaguantable elija “el dinero” como respuesta final no es el lujo o la fortuna en sí, ni siquiera el estatus social o la confianza en uno mismo. No es más que el poder de comprar la multiplicación de las posibilidades y alargar lo máximo posible el periodo de tiempo de su vida en el que sea capaz de poder interactuar el mayor tiempo posible con el máximo número de mujeres con la confianza plena de que vaya a ser escuchado, puesto que el dinero da acceso, posibilidades, confianza y voz para que te tengan en cuenta.

Una mujer entra por la puerta en una reunión de hombres y los colores son más vivos, la atención es mayor y, mientras dure su compañía, la percepción de la realidad de los presentes se va a agudizar inevitablemente. La posibilidad de contemplar a una mujer con un vestido de verano alegre y unas simples sandalias es razón suficiente para luchar un día más contra un cáncer terminal.

Porque son las dueñas de nuestras sensaciones más profundas, porque cuando una te ama o te olvida, el sentir es tan fuerte que está a mil años luz de compararse con ganar la lotería o con perder la casa, porque cuando se gana la lotería o se pierde la casa, instintivamente se piensa en las posibilidades y circunstancias del nuevo escenario. Pero cuando una mujer se adueña de tu corazón, ni se piensa, ni se considera, ni hay posibilidades, ni hay nuevo escenario: se van a tomar vientos de un plumazo el concepto de lugar y de



tiempo.

Y la maravilla de contemplar cómo se ríen y cómo comen y cómo le dan sorbos a una copa que está un poco fuerte y cuando las miradas se cruzan pero no la pueden aguantar y se ruborizan y como sonríen y cuando son tímidas y cuando son fuertes y cuando se hacen las chulitas, que es la repera, y lo bonito que es oír a una mujer hablar en inglés con acento, y lo bonito que es oír a una mujer sin acento de ningún tipo.

Las mujeres han nacido con atributos y circunstancias físicas en absoluto prácticas ni para nada fáciles, más bien pesadas y valientes, pero son las provisiones necesarias y contingentes para crear y desarrollar la vida. Alguien tenía que llevar el peso de esta responsabilidad, dieron un paso al frente, y levantaron la mano.

Un mundo sin mujeres ni lo concibo ni lo pienso, ni lo comparto ni lo quiero: mejor muerto ante la remota posibilidad, a pesar de ser ateo, de seguir teniendo su presencia en otra supuesta vida después de la muerte, que vivir un solo día en un mundo ausente de ellas.

Mi rabia y desesperación con los resultados de mis últimas citas desapareció por completo, pero me invadió una profunda melancolía. Había mirado por primera vez desde el prisma femenino de las relaciones, era mi primera incursión en el lado oscuro de la luna.

#### cuatro 四

El otro día indagué sobre el origen de una sensación tan incómoda como fascinante que tuve. Fue tal que, inmediatamente, la compartí con mi amigo Swann: lo llamo el “estado de resaca inconsciente activa” o *white out*, cuando lo explico en inglés en relación con los *black outs* o “pérdida total de la consciencia que ocurre normalmente durante las noches de desenfreno”; Aunque lo había comentado con anterioridad con otras personas, creo que fue la primera vez que alguien empatizaba conmigo sobre esto. En realidad, tengo que matizar: la descripción más acertada que he encontrado es “estado de resaca” (pero a la vez sigues borracho en cierta manera) en el que tienes la obligación de hacer tareas que te fuerzan a salir de la zona de confort. Es decir, el estado en el que tienes, por ejemplo, un plan de día del que no puedes zafarte y lo estás desempeñando en un lugar público pero a la vez te encuentras bajo los efectos de una resaquísima hija de perra- en un museo, en una cita, en un taxi o restaurante, en el metro... Normalmente siempre es a la luz del día, para sentirte más expuesto.

Cuando experimento ese estado, siento que puedo ser capaz, por ejemplo, de estar esperando al metro y, sin previo aviso, besar a cualquier persona sin darme ni cuenta, como si mi cerebro, desde el momento en el que se le pasa cualquier idea macabra por la cabeza hasta el momento en el que ya la está ejecutando, se hubiese desconectado y cuando soy capaz de abrir, de nuevo, los ojos, y adueñarme de mi consciencia y actos; el cabrón, todavía bajo los efectos del alcohol, ha activado mi cuerpo para ejecutar la acción; y despierto ya bajo las consecuencias insalvables de haberla llevado a cabo.

En esa situación siempre sacuden mi mente pensamientos e intenciones absolutamente aberrantes. Es como un estado de cansada lucidez melancólico-alcohólica, perversa. Bajo ese embrujo, incontinente e ingobernable, puedo sorprenderme a mí mismo en mitad de la calle acariciando la cabeza de un niño que va de camino al parque a jugar con su madre, sin ser consciente de que le estoy susurrando a escasos cinco centímetros de su cara echándole todo el aliento de taberna pirata debido a los excesos de la noche; todo esto ante la atónita mirada de su madre, la cual no sabe si coger un adoquín para golpearme en la cabeza y aprovechar para correr con su pequeño hacia la comisaría más cercana.

Mientras, me veo a mí mismo como un jovencito alegre que, a pesar de tener una resaca de domingo de locos, hace un esfuerzo por sacarle en la calle una sonrisa a un pequeñín, al que no conoce de nada. En otra ocasión, me sorprendí de nuevo recobrando la conciencia después de estar en el metro pasmado mirando el color y la densidad del pelo de una pobre chica que esperaba en el mismo andén que yo. No puedo hacerme una idea del tiempo que estuve mirándola fijamente, solo recuerdo su cara de miedo y asco y el hecho de que, lo juro por Dios, fue un acto de nerviosismo incontrolado y nada tenía que ver con el placer sexual; me estaba frotando de una forma perruna la entrepierna durante todo el tiempo que estuve pasmado, mirándola pero sin verla, absorbo en ese trance de ideas que me sugería la densidad y color de su pelo, solo de su pelo, independientemente de su cuerpo y persona. Es una especie de estado de trance atemporal entre la borrachera y las consecuencias de ir fumado, pero cogiendo los síntomas exclusivamente negativos de ambas actividades. Cualquier intención retorcida que suele pasar por la cabeza y que, normalmente, se quedaría en un limbo de ideas desapareciendo al cabo de varios segundos, en el estado de *resaca activa* puede hacerse realidad y transformarse en terribles actos mal vistos por mis conciudadanos.

Mi última experiencia bajo los efectos del ese estado data de hace tres días; tenía un viaje de negocios a Pekín del que no me pude librar, el avión salía a las 8.00 de la mañana del aeropuerto de Pudong- Shanghai y, al ser fin de semana, la cantidad de gente parecía ser bastante alta; así que decidí ser previsor y responsable y salir de mi casa hacia el aeropuerto a las 5.00 de la mañana, no sin antes haberme ido a un concierto, después a una discoteca, después a otra discoteca para volver con una chica a la que conocí en el último garito y un amigo a mi casa. Después de pasar los tres toda madrugada despiertos haciendo cosas de las cuales no me siento orgulloso pero tampoco demasiado culpable, me metí en la ducha, me puse el traje, les dije adiós dejándoles en mi cama y me fui de empalme (que no empalmado) al aeropuerto. Algo que me encanta de ir hecho mierda a un viaje de negocios en avión en vez de en tren (lo único bueno que tiene) es que en avión puedo dormir a pierna suelta sin preocupación, por el contrario, cuando voy en tren de alta velocidad, al no ser mi destino la parada final, muchas veces me da miedo el pasármela y despertarme en la ciudad errónea un par de horas más tarde: es una situación de inseguridad responsable horrible.

Dormí todo el viaje de un tirón; nada más sentarme y abrocharme el cinturón

cogí un bolígrafo y un folio de mi cartera de Salvatore Ferragamo que me llevo a todos los viajes de empresa en los que necesito el ordenador conmigo y escribí “Don’t wake me up, I don’t want to eat” y me pegué el folio con celo en el pecho para que fuese visible para el personal del avión. No pensaba sacrificar tiempo de sueño por comer esos semialimentos tóxicos que conforman las raciones individuales de comida en los vuelos.

Desde mi llegada al aeropuerto, me recibieron muy bien; no obstante, una vez llegados al hotel donde se desarrollaría el evento y mi ponencia, me entró un cansancio imparable debido a los largos tiempos de espera que se dan en los preliminares de este tipo de eventos. Ningún cliente quiere llegar el primero porque se sienten gilipollas esperando solos a que llegue el resto, así que se entra en un estúpido círculo vicioso en el cual, con total seguridad, todos los eventos de inversión inmobiliaria comienzan entre cuarenta minutos y una hora después de lo acordado.

Estaba tan jodido que le pedí al personal de la organización tres cafés, puesto que las tazas eran pequeñas, para tomármelos durante la espera; los dos primeros me los zumbé de la misma manera que los chupitos de tequila la noche anterior. Esperé a que me hiciesen efecto sentado en un sillón que parecía del Renacimiento italiano, mientras observaba a los tres músicos que habían contratado para amenizar la llegada de los invitados que; mientras son recibidos, dan sus datos personales a los encargados para acceder al guateque, datos que luego se usarán ilícitamente para fines puramente comerciales. La canción interpretada era la sinfonía número 1 de Brahms, canción que debe ser muy popular en China, puesto que me ha seguido tanto en eventos oficiales con las respectivas embajadas de diferentes países occidentales, como de fondo en los ascensores de centros comerciales. Debe ser la canción más recurrida para hacerse los cultos y los cosmopolitas en guateques asiáticos de diversa índole.

En ese momento caí en la cuenta de que no había comido absolutamente nada desde la cena de la noche anterior. De pronto los efectos del estado de resaca activa surgieron a la luz en su máximo esplendor; el cansancio por la falta de sueño me invadió la parte frontal de la cabeza y la parte anterior de los ojos, pero, al mismo tiempo, el hecho de estar sobre embriagado de café me hacía tener una hiperactividad corporal para nada alineada con el cansancio y la lentitud mental: es decir, mi relación mente-cuerpo estaba absolutamente descuajaringada.

Fui al baño mientras sonreía tratando de disimular mi estado con los organizadores y los clientes que iban llegando y tomando asiento. El baño

estaba al final de un largo pasillo pasando dos o tres salas de reuniones; me dio la sensación de que había llegado allí en menos de seis segundos... ¿Había ido corriendo? No me acuerdo; todos los detalles del baño me eran familiares, ese mármol rosa con ribetes dorados, sabía incluso que el jabón de manos estaba escondido en la superficie entre el espejo y la pared. ¿Había ido ya al lavabo antes? ¿Cuántas veces había estado allí?

Tenía que volver al salón de actos del hotel porque estaba oyendo al speaker dar la bienvenida. Era mi turno, cogí el micrófono para dar una charla sobre las posibilidades de inversión residencial en inmueble en la ciudad de Lisboa y la inversión en hoteles y resorts de lujo en Phuket, no empecé tan mal, había captado la atención total de mi audiencia y era capaz de poder entender las propias palabras que iba diciendo sin dificultad. El traductor también parecía seguirme. De repente, me fijé que algunos ojos de mis clientes desviaban su mirada de mi cara hacia más abajo y yo también me miré la tripa. Me di cuenta en ese mismo momento que, con toda seguridad, debido a la ingesta de caféina previa a mi ponencia, estaba moviendo las caderas perversamente con un movimiento esquizo-pendular la mar de curioso. Entre el micrófono, el traje y el movimiento de caderas me sentía como un cantante de variedades italiano de cruceros, como Berlusconi antes de empezar en política.

Inmediatamente, ordené a mi cerebro que parase en seco el movimiento de mi tren inferior y seguí como si nada hubiese ocurrido. El cadereo tropical salsón volvió a resurgir inevitablemente tres cuatro veces antes de que hubiese acabado con mi charla, pero era más suave y relajado que antes. Al acabar, llamé a un taxi y salí esa ciudad lo antes posible porque por nada del mundo podía imaginar la situación de permitirme perder el avión y tener que quedarme un día más allí.

## cinco 五

Fui al cruce de Wulimuqi Road con Anfu Road a comerme el almuerzo al sol mientras contemplaba a los hipsters bicicleteando de un lado para otro con sus bolsas de comida orgánica para llevar, en el caso de los hombres, y sus zumos detox de colores, si son mujeres. Allí es donde suelo ir a cortarme el pelo, en una barber shop vintage para extranjeros y locales bastante popular, que conocí por recomendación de mi asistente en la oficina. Mi peluquero de confianza se llama Da Bai cuyo significado es algo así como “Big White” o “Gran Blanco”. Tiene el nombre perfecto para ser el líder de una banda neonazi de moteros de Tucson, pero no, es mi peluquero chino. Es el único peluquero que nunca, desde que lo conozco, me ha cortado más de la cuenta después de darles las especificaciones de cómo lo quiero. Eso es un verdadero privilegio, es una gema. Ahora entiendo que David Beckham se lleve a su peluquero de viaje a todos lados; si yo tuviese esa pasta también me llevaría a mi Gran Blanco conmigo.

En el camino, estuve oyendo una conversación entre dos turistas mejicanos acerca de la final de la copa del mundo de futbol. No importa en qué momento ni en qué lugar se diga esto: tengo la sensación de que todos los turistas mejicanos varones visten con polos de Armani y, en su defecto, sus mujeres con camisetas, normalmente blancas de Guess o Michael Kors. Al llevar ya un rato caminando, me fijé en un hombre muy mayor con la piel de la cara como si hubiese vivido tres guerras a lo largo de su existencia; estaba sentado en el suelo con algunas pulseras budistas de las de bolas, las cuales vendía sobre un trapo. El hombre estaba sumergido en su tarea de teclear en una diminuta y sucia calculadora cuentas una y otra vez. Le pregunté si estaba haciendo cuentas del dinero que había ganado durante el día vendiendo sus pulseras. Me respondió con una sonrisa mirándome a los ojos

—Las cuentas son del tiempo que me queda- creí entenderle

En ese momento me pareció que tenía unos ojos muy vivos, sorprendentemente llenos de brillo, inesperadamente mi percepción sobre su edad cambió por completo. Sus ojos, pequeños y vivarachos, ojos de mono macaco bebé, de los que te muestran en todos los lugares turísticos del sudeste asiático a la salida de los clubs y restaurantes para que los guiris se hagan fotos con ellos. Me dio la sensación de que esos ojos pedían a gritos que les

dieran más tiempo para contemplar más lugares; como si su alma por dentro, a pesar de tener detalles de la pesadumbre del que ha vivido tanto, gritase por pedir otra vida como el que pide otra ronda en un bar, aunque no fuera ni una vida humana siquiera, aunque le tocase disparar la ruleta rusa de la reencarnación arriesgándose a ser el perro de una pareja pija de la capital, al que le visten de cowboy y le hacen ir a brunches en restaurantes *dog friendly* y a festivales caninos, donde el horterismo llega su propio nivel de nirvana. O incluso peor, arriesgándose a ser un árbol, plantado a escasos metros de otro árbol milenario que es un pesado de cojones y no para de hablarle de las esperanzas que tiene puestas en la social democracia y en el capitalismo liberal *sano* durante toda su existencia, ante la imposibilidad de moverse, gritando sin poder hablar, por su derecho a ser talado con dignidad.

Su belleza humana en la mirada me recordó a una de las personas más físicamente bellas con las que me he topado en vida. La conocí en un vagón de segunda o tercera clase en un trayecto de tren en Sri Lanka de la ciudad de Ella a la ciudad de Kandy. El viaje duraba 5 horas y me amenizó de forma absoluta tres de ellas. Era local, lógicamente de tez morena, ojiplática con mirada azabache profunda, sonrisa perfecta y pelo ensortijado. Tenía 11 años y se llamaba Oceanía, parecía bastante más pequeña de lo que era realmente (yo no hubiera dicho que tuviese más de 8 años hasta que abrió la boca para hablar) Su hermana mayor la animó a que se sentase a mi lado para practicar inglés. Resultó que Oceanía era una superjugadora de cricket en equipos infantiles, también le gustaba bailar y el césped, el color de éste era su favorito (como el mío), no tenía el mayor interés en los teléfonos móviles.

Al cabo de unas confortables horas practicando, ella inglés y yo lenguaje infantil, le dije que me iba a dormir, el cansancio de la semana de vida nómada acuciaba y el calor del vagón era de una humedad soporífera; dormí como un niño. Estoy seguro de que también soñé como un niño.

Me desperté al cabo de una hora justo cuando Oceanía se iba de la mano de su hermana mayor directa a la salida de nuestro vagón porque habían llegado a su destino. Me dio tiempo a despedirme de ellas. La hermana mayor vestía un poco como una pilingui para ser de allí, bueno, para nada como una pilingui, pero como una absoluta discotequera occidental; yo creo que no debían de ser de familia demasiado humilde.

Mientras terminaba de agitar la mano desde la ventana para responder a su adiós y a su sonrisa, me invadió, a traición, el pensamiento sobre las altísimas posibilidades que tendría Oceanía de ser violada sin compasión en alguna

etapa de su vida, comparada con cualquier otra niña elegida con un físico aleatorio y perteneciente a una región también aleatoria del mundo. La última hora que me quedaba hasta llegar a Kandy se me hizo tan larga como la mitad del puto viaje.

Después de hablar con el hombre de los ojos brillantes, decidí hacer el resto del camino en bici, debido al buen tiempo. Me encanta montar en bici en esta ciudad. Para empezar, se trata de una de las mejores ciudades del mundo para moverte en bici, puesto que los puntos de interés más importantes están repartidos por el centro a una distancia muy conveniente entre ellos, además de ser una ciudad muy llana en cuanto a la calzada. Por otra parte, no tengo la responsabilidad de la compra y cuidado del vehículo porque hay bicis para compartir que las desbloqueas con una App desde el teléfono y las puedes cerrar en cualquier otro punto de la ciudad por un módico precio equivalente a unos 3 céntimos de dólar cada viaje. Otro argumento muy bueno es que Shangai, al ser tan caótica y liberal a la hora de abordar el tráfico rutinario, como las otras grandes ciudades asiáticas, puedo incluso tomarme el derecho de conducir mi bicicleta como un loco y usar las reglas de seguridad vial a mi antojo. Esto me encanta, porque ante esta situación de vacío legal vial los ciclistas podemos adoptar, a nuestra merced, las reglas que más nos convengan en cada situación, ya sea como peatones o como vehículos.

Al llegar, me fui a Miss Poke a pedirme uno de sus bowls. Es interesante que a pesar de ser un plato a base de arroz, pescado crudo, aguacate, verduras y algas sea hawaiano y no japonés, porque tiene ese toque de elegancia precisa y apetecible japonesa; la verdad, solo me parece que tiene de hawaiano su aspecto playero multicolor. De todas formas, es uno de mis favoritos porque es una ensalada, para los que no nos gustan las ensaladas, es como si tomaras sushi pero mucho más práctico ya que todo se encuentra junto en el mismo bowl con ingredientes variados y elaborados, lo que le da un aspecto muy cuco a la vez que es sano: no es como comerte una mierda de ensalada, que a nadie deja satisfecho.

Hiné el diente al sashimi, que me encanta, cual oso pardo cazador en río sintiendo el frescor de la carne fresca de pez, virgen de ninguna impureza, como manteca de mar resbalando por lengua y garganta. Una de las mejores cosas de vivir fuera de occidente es que puedo incluirlo en mi dieta diaria de forma muy asequible; en cualquier ciudad de Europa me costaría un ojo de la cara comer casi diariamente pescado crudo durante la comida en el trabajo o



pedido a domicilio. Mientras pensaba cuántas putas veces es necesario lavarse las manos para quitarse el olor a salmón, caí en la cuenta de que años atrás habría reservado el sashimi para el final, o, a la hora de comérmelo, lo habría intercalado con el resto de ingredientes menos apetecibles del bowl para que me durase más. Hasta hace relativamente poco recuerdo que siempre hacía eso: lo que más me gustaba de cada plato lo dejaba para el final.

Cuando mi madre hacía una maravillosamente sabrosa sopa de pollo en invierno, recuerdo que tomaba, a cucharadas, primero la sopa como tal, dejando para el final los gruesos y deliciosos fideos hinchados y esponjados por estar cocidos durante horas al remojo de la sopa. Me comía luego los fideos como si fuesen macarrones, puesto que era lo más delicioso del plato ¿Cuándo exactamente he dejado de hacerlo? Respondiendo a mi naturaleza inevitablemente hipocondríaca ¿Tendrá algo que ver con que mi final está cerca? Mi subconsciente ha empezado a mandarme señales a través de estos cambios personales en comportamientos culinarios, quizás para convencerme de aprovechar cada deliciosa comida, cada único momento antes de que el corazón me falle por los excesos nocturnos o me atropelle un coche en un cruce concurrido por ser un anarquista vial con la bicicleta.

Siendo sincero, he de decir que, siempre he sido una persona que ha fantaseado con la muerte, me la he tomado en broma puesto que considero que la categoría de “humor negro” es la más sublime del arte de la comedia, es el único que atesora, dentro del fugaz relámpago que comprende, el tiempo entre oír una buena broma de humor negro, entenderla y eyacular una incontenible risa; el sentimiento de alegría por la broma en sí misma de auto bienestar intelectual por haber pillado el chiste, todo ello aderezado con un posterior ligero toque de culpa interna pero con regusto, debido a la temática irreverente. No obstante, el hecho de empezar el plato de mi almuerzo inconscientemente por la parte más deliciosa me deja un poco descolocado, eso nunca ha ido conmigo ¿Podría ser razón suficiente para preocuparse?

Entiendo la melancolía como un placer de gente de paladar afinado, me encanta ver películas tristes cuando estoy triste, en el gimnasio para motivarme en la tortuosa cinta de correr escucho Radiohead; creo que la melancolía es un puro amasijo de sentimientos internos con el cual, en el momento en el que decidimos abrazarlo y lidiar con él, automáticamente pasamos a un estado artístico interior, cogiendo una roca bruta de sentimientos internos y esculpiendo nuestro rostro humano a martillazos de recuerdos

tristes. Por supuesto, esta forma de ser no significa que quiera morirme ni nada parecido. Sin embargo, he llegado a la conclusión de que hay varios comportamientos a lo largo de mi vida que lo corroboran. Por ejemplo, desde el punto o de vista práctico, me viene a la mente un intento de suicidio que llevé a cabo cuando estaba en segundo o tercero de primaria:

Ese día estaba enfermo y en cama, como muchos días lectivos, ya sea por tener una enfermedad real o por haber pretendido que la tenía. Debía de ser por mayo o junio, el periodo en el cual más me ausentaba de la escuela por enfermedad debido a continuas sinusitis a causa de mi fuerte alergia al polen; Como consecuencia de las jaquecas sufridas durante esos meses, mi vida académica en primavera siempre ha sido un infierno; lo peor de todo es que a medida que me hice mayor las ausencias debían estar más justificadas, puesto que esas fechas coinciden normalmente con los exámenes finales en toda la educación superior y en el periodo universitario. De ahí que durante esa época me ganase el apodo por parte de mi madre de "*petite nature*". Antes de que mis ausencias primaverales fueran irremediables y, lo juro, en contra total de mi voluntad, a veces las utilizaba para ausentarme más de la cuenta. El proceso natural era cuando mi madre me dejaba en la cama con el termómetro puesto debajo del brazo. Salía de la habitación durante los tres minutos que necesitaba ese maldito artefacto para medir la temperatura de mi cuerpo con el fin de decidir, cual implacable juez, si iría a la escuela o no la mañana siguiente; yo, por mi parte, aprovechaba para acercar el termómetro a la bombilla de la lámpara de mi mesilla de noche; con la dificultad añadida de hacer un tira y afloja frío-calor, acercarlo y alejarlo, para no pasarme de calor no fuera a ser que el aparato subiese tanto de temperatura que mi madre me metiese en el coche sin dejarme rechistar directos a urgencias del ambulatorio más cercano yuviésemos que ir a un verdadero doctor que desmantelaría mi burdo engaño.

Mi casa estaba a escasos cien metros de mi colegio, y me encantaba el placer del sonido de los gritos de mis compañeros y demás colegiales saliendo disparados al patio durante la hora del recreo. Mientras los escuchaba desde la cama, consciente en todo momento de sus juegos y comentarios pero sin formar parte de ello, era simplemente un espectador de la vida ajena, sin estar desprovisto de los sentimientos que me suscitaba su contemplación, pero con el alivio de no tener la responsabilidad protagonista de estar envuelto en sus actividades. A veces, abría la ventana y me sentaba en el alfeizar para intentar distinguir las voces de mis amigos del resto de ruido e intentar descifrar cuál

era el juego elegido para disfrutar de esa hora de libertad: peonza, tazos, fútbol (dentro de la categoría fútbol, partido, culé, alemana) rescate, cartas, hablar...ya cuando eras mayor, “-¿Que hacemos hoy? Hablar” ¡Que coñazo cuando tocaba eso!

Durante aquella época, nunca tuve demasiada aversión a ir al colegio, con lo cual, normalmente, mis engaños nunca duraban más de un día: eran más bien descansos espontáneos en mi laboriosa vida de estudiante de primaria de por aquel entonces. Todavía recuerdo como uno de esos días de descanso voluntario, apoyado en el alfeizar de la ventana, entre gritos infantiles, me quedé en trance mirando la persiana azul de la ventana de mi habitación por la que atravesaban, potentes, los rayos de sol del mediodía de mi vecindario, al mismo tiempo los otros niños y niñas gritaban esperando en el recreo su turno para comer, que iba acorde al orden de clase. Los pequeños comían los primeros, mientras que, a medida que te hacías mayor, entrabas más tarde, pero el patio de recreo era compartido por todos, independientemente de los turnos. No obstante, debido a mis problemas como mal comedor que era, siempre acababa comiendo con los mayores, puesto que las profesoras solo permitían abandonar la mesa una vez nos hubiésemos terminado todo; y yo, paralizado e incapaz, ante algunos platos que consideraba repugnantes, malgastaba mi tiempo lúdico y mi vida ante el acto diario de tener que nutrirme a la fuerza, con alimentos que me suscitaban una aversión total. Mención especial al pollo asado, con esa piel escamosa, elástica viscosa, esos detalles de carne sangrienta rosada sobre la pechuga blanca y enferma y ese olor del momento de pasar en barca por debajo del puente en un río; o al melocotón en almíbar, el cual me parecía que desprendía un hedor a fluidos genitales (a pesar de no haberlos olido todavía, me imaginaba que debían desprender ese hedor). Además, me producía una sensación inaguantable de picor encima del paladar al terminar de comerlo; posteriormente descubrí que era, parcialmente, alérgico a esta fruta.

Recuerdo el camino que comprendía desde la mesa a la cocina, para entregar la bandeja a las cocineras una vez había terminado y salir, libre, al recreo (el poco tiempo de recreo que me quedaba los días en los que había este tipo de platos). Era como el camino de un reo dispuesto a ser ahorcado, era como una huida de Guantánamo: tener esa pechuga de pollo envuelta en la servilleta para que pareciese que me la había comido y el resto del melocotón en el bolsillo del pantalón, goteando, levantarme con cara de santo de mi mesa y emprender mi camino a paso ligero hacia la cocina, sin mirar atrás, bandeja en mano,

evitando las miradas de las profesoras que como soldados patrullaban sin descanso, imaginándome evitando los focos de las torres de control del pasillo central del comedor, apartando de vez en cuando la mirada fija en el suelo, inmerso en un intercambio de miradas con mis iguales todavía sentados en sus mesas, esperando su momento para tomar la misma decisión que yo, lleno de valor, había tomado antes que ellos; en sus miradas, podía ver una mezcla de estupor, admiración y melancolía. Posteriormente se nos examinaba minuciosamente de forma individual, en la fila de la entrega de bandejas, por parte de las cocineras, quienes intentaban encontrar con astucia canina los bienes que no queríamos que fuesen descubiertos. Era un proceso totalmente *auschwitzniano*: las legumbres dentro del tarro vacío del yogur, el pollo asado esparcido para que pareciese menos cantidad y el melocotón envuelto en la servilleta dentro del bolsillo. La mirada de aquellas cocineras generales de la SS implacables ordenándome, a las puertas de la consecución de mi fuga, darme la vuelta y sentarme en mi sitio de nuevo a terminarme todo el almuerzo, la soledad de comer con los alumnos de cursos posteriores, que entraban al comedor después de nosotros. Mientras, yo permanecía allí, atemporal, incapaz y paralizado del asco. Hasta que, de vez en cuando, algún chico o chica de cursos más avanzados al mío, se percataba de mi actitud, al borde del llanto y se comía lo que a mí me repugnaba o se lo metía en su propio bolsillo, asumiendo la responsabilidad de hacerlo desaparecer y, con ello, dándome en mano las llaves de mi libertad, las de las puertas del cielo, el derecho al salir al patio, quedasen siete, cinco o tres minutos de recreo, como solía ocurrir normalmente. Luego, claro, el hecho de ser mal comedor me aseguraba una protección ante problemas en el colegio al estilo señor de la cocaína de Puerto Rico, puesto que me conocían, gracias a mi mal comer, todos los alumnos de los cursos superiores.

No obstante, ese día en particular no tenía que afrontar esa situación, puesto que, al estar enfermo, mi madre me había preparado carne estofada y espaguetis, que comí, repanchingado en la cama, con el pijama todavía puesto. Las sobras descansaban todavía en bandeja sobre mi escritorio. Yo reposaba en el alféizar, entre los gritos de mis compañeros colándose desde la calle tranquila a mediodía; aquella ventana con la persiana azul cobalto, con los rayos de sol traspasándola, y yo con mi mente en blanco, mirando fijamente el cordel que la hacía subir o bajar y la varilla transparente para regular la inclinación. Mi cuerpo, automáticamente, se incorporó con un pie en el alféizar de mármol todavía frío y con el otro encima del radiador; habría,

aproximadamente, una distancia de metro y medio desde esa superficie al suelo; me ató la cuerda de la persiana alrededor del cuello, le di dos vueltas, y salté, todavía en estado de shock, desde mi posición al suelo de mi habitación. Con la mente aún en blanco, pero en alguna parte.

El golpe en mi cuello al caer fue seco, no era lo suficientemente alto como para tocar con los pies el suelo, a lo mejor con la punta de los dedos; no obstante, tuve la suerte o la mala suerte, según se mire; de pesar lo bastante como para que la persiana entera cediese rompiéndose al segundo rebote o balanceo de mi cuerpo ahorcándose.

Me quedé en el suelo tirado, fuera de peligro, pero lleno de culpa, con la persiana encima, aprisionándome, impidiéndome incorporarme y con la cuerda de la persiana todavía atada a mi cuello. Automáticamente, mi madre llegó corriendo de la cocina al oírle estruendo y me encontró de esa guisa, paralizado, culpable e indefenso. Este fue el resultado de mi primera tentativa de suicidio.

Por otra parte, con respecto a la vertiente teórica sobre mi obsesión con mi propia muerte, otra situación que hay que tener en cuenta es el hecho de que un sueño muy recurrente, repetido periódicamente durante mi infancia y adolescencia: el de ver mi propio y multitudinario funeral bajo una perspectiva en tercera persona.

Sentir mi alma como si fuera una cámara de cine haciendo un plano picado, volando sobre mi cadáver, todavía conservado bien atractivo, dentro del féretro. Verme rodeado de mis amigos, familiares, conocidos aleatorios y las niñas que me gustaban, en secreto, durante aquel periodo de mi vida en el que se desarrollase el sueño, llorando, desconsoladas, abrazadas unas a las otras por semejante pérdida. De todos ellos, el grupo de las chicas es el que tenía un mayor protagonismo, lo componían las tías más buenas de cada curso del colegio, intercaladas de nuevo con otras aleatorias (ya sean del pueblo de veraneo, de mis clases de natación, o la psicóloga del colegio), rogando, todas ellas, por la posibilidad de que se llevasen sus propias almas con tal de devolverme a la vida. Generalmente, en los sueños de esta índole, me quedaba siempre como un espectador ante mi propia muerte, exultante de gozo y satisfacción por la relevancia de mi pérdida entre los presentes hasta que sonase el despertador para ir a desayunar, o resucitaba, en la mayoría de las ocasiones, ante la sorpresa y estupor de todos los asistentes: A partir de ese momento, el sueño pasa a ser de temática puramente sexual: con la excusa de

volver a la vida ya me follaba a todas las chicas que, como plañideras, lloraban por mí en la ceremonia. Me las follaba, me refiero, después de que todo volviese a la normalidad. Es decir, después de que me levantase del féretro de golpe, como quien se ha casi ahogado y vuelve a la vida, incorporándose, escupiendo agua, tras practicarle un boca a boca. Al final, todos ríen y se abrazan y me abrazan y luego proclaman el acontecimiento públicamente como milagro nacional, me hacen una entrevista los medios, las cosas se calman y vuelvo al colegio pero con una permanente, desde ese momento, fama de medio superhéroe local.

Después de esos preliminares de relleno, y solo después, es cuando, finalmente, las follo. Por supuesto, no me las follo nada más resucitar, dentro de la iglesia, delante de todos los amigos y familiares todavía incrédulos secándose las lágrimas. El sueño, creo que no responde a otra razón que una súplica de atención sexual-infantil, puesto que un funeral no es más un escenario en el que el muerto recibe, al menos durante un día, toda la atención y cariño. Es como sentirse una rock star durante un día; y al no considerarme una persona especial, la verdad es que creo que mi sueño confiere mucho con las dos temáticas definidas por Freud sobre los momentos oníricos: la necesidad sexual y la necesidad de importancia. En mi funeral ambas estaban presentes de principio a fin. Espero que en mi verdadero funeral estén también las dos presentes, para entretenimiento y deleite de los que asistan.

Por supuesto que no quiero morir ni nada parecido, sobre todo cuando estoy en un periodo de mi vida en el que me veo atraído por una chica, en esas situaciones no me quiero morir ni de coña. Ahora bien, siempre he sido muy anti pragmático desde el punto de vista teórico: he empleado gran parte de mi tiempo, y sigo haciéndolo, en pensar sobre las cosas serias que no puedo controlar de una forma excesivamente despreocupada, como es la muerte, que desde un punto de vista práctico representarían un pérdida de tiempo absoluta. En realidad, la única pesadilla y miedo auténtico ante situaciones cercanas a la muerte que perduran en mi memoria y me siguen atormentando se pueden resumir con “que me quiten lo bailao”. Es decir, despertar en la cama de un hospital, con ese olor clínico, a suelo recién fregado con lejía y a envoltorios nuevos de desechables médicos, sabedor de que tengo muchos años más que cuando tenía consciencia, verme en el espejo, no reconocermé y que me digan, ya sean unos médicos que han estado cuidando de mí durante mi periodo de “no ser”, o de nuevo familiares y amigos llorando alrededor de mi cama, que

nada de lo que he hecho o me ha pasado en la vida ha ocurrido: ni la gente que he conocido, ni los lugares que he visitado, ni las carcajadas que he soltado, ni las lágrimas derramadas, ni el placer del agua del mar en mi cuerpo o los rayos del sol acariciando mi piel, o la mezcla de incomodidad y asco de sacarme un pelo de la boca que estaba en la comida. Nada han sido vivencias reales. Simplemente he sido una persona con una vida totalmente plana cuyo cerebro, como técnica de supervivencia, fantaseaba con impulsos emocionales durante el coma inducido de once años en el que me vi inmerso después de un accidente de bici. Eso sí que me acojona de verdad, despertar en una cama y que me digan: “Nada de lo que ha pasado recientemente era cierto.”

—¡De eso nada!, ¡quitadme a la familia, quitadme la casa, quitadme mis bienes... ¡Pero me cago en mi estampa si me quitáis lo *bailao!*....

De camino al trabajo veo un mensaje en mi teléfono sobre la creación de un nuevo grupo de Wechat a través del cual se ha propuesto, como plan de viernes noche, ir todos a cenar una raclette en casa de Guermantes que, aparte de ser uno de los amigos más antiguos que tengo en esta ciudad, también es mi socio en algunos proyectos que tenemos relacionados con importación y exportación de productos ecológicos. Guermantes es un tío verdaderamente bondadoso, es un lujo tenerlo como amigo y socio. Es fácil de llevar, es trabajador e indonesiamente hospitalario con los huéspedes de su casa.

La única liada que me ha hecho en cuatro años es gastarse unos 2.000 \$ de nuestra empresa la última vez que se fue de vacaciones en strippers y whisky sours en antros de su ciudad natal; sin embargo, el tío, arrepentido, al mes de volver de vacaciones (yo creía que había perdido parcialmente al menos la mitad de sus conexiones neuronales después de ese mes y medio fuera) se las ideó para revertir la situación y ya había vendido lo suficiente para, con creces, recuperar el dinero que se había bebido y hacer frente al pago del transporte de los proyectos que teníamos ya listos con la producción terminada para Dinamarca y Omán.

Nuestro socio logístico en este proyecto conjunto atiende al nombre de Lugano, le llamamos Lugano aunque su verdadero nombre es Verdurin. Es un homosexual filipino que está a cargo de una empresa de transporte con beneficios millonarios, pero siempre que tengo una reunión con él, me repite que su puto sueño no tiene nada que ver con el transporte y la gestión de importación sino con ser una top model en la ciudad de Lugano y, la muy reinona, me lo repite por lo menos una de cada tres reuniones cambiando ligeramente los detalles. Es prácticamente calvo y su índice de grasa corporal está niveles de riesgo leve de infarto.

También acudirá a la reunión la delicada novia de Guermantes, Madeleine, la cual es una sofisticada quebequense, ingeniera urbana obsesionada con el diseño de espacios públicos sociales, que no tengo demasiado claro lo que es, pero debe ser algo como, por ejemplo, duchas gratis para indigentes en la zona de Baja California; seguramente acabe dando charlas TED en YouTube en unos años a pesar de ser tan reservada e introvertida.

La idea me atrae bastante, puesto que, para empezar, desde siempre, mi



respuesta ante la pregunta de cuál era mi comida favorita, siempre ha sido la misma: “el queso”. Pues sí, ante cualquier opción de complemento en algún restaurante de comida rápida siempre me decanto por *double cheese*, nada de refresco, patatas fritas XXL, nada de helado, siempre *double cheese*. Mi idea de postre perfecto es una tabla de quesos de diferentes países y sabores, a ser posible explicados, por el maître, junto con buen pan recién horneado. Mi amor por el queso, especialmente curado o al menos de sabor robusto, unido a los entrantes cárnicos de diversa índole y al derroche de vino tinto semidecente, que acompañan siempre las cenas entre grupos de expatriados mediterráneos, hacen que me haga una idea de un plan de cena-precoopeo plenamente de mi gusto.

Echo un vistazo a la lista de nombres en el grupo para cerciorarme de quienes son cada uno de los asistentes y confirmo, que no hay grandes novedades; los miembros del grupo son, en casi su totalidad, los que solemos salir normalmente; al menos, no parece, por las fotos de perfil de las tres únicas personas que no conozco, que vayan a ser tías buenas, así que no me hago ilusiones. Al principio es mejor ir pensando que vendrán los de siempre y, si luego hay sorpresas, bienvenidas sean. Después de dudar unos instantes, me decanto por aportar al bien grupal, llevando parte de los embutidos y quesos que quedan en mi nevera de cuando mis padres me estuvieron visitando las Navidades pasadas. La verdad es que siento muy bien compartir esos manjares terrenales en cenas con otros amigos de lugares alejados del Mediterráneo y, ante la fascinación y el gozo de sus papilas gustativas, sacar el orgullo patrio comentándoles que, en efecto, en España, ése es el pan de cada día, como si esos precisos manjares fuera la dieta cotidiana en mi país, como si el menú de comedor de colegio público español estándar consistiese en un pincho de tortilla, un bocata de jamón con tomate y una mini botella de Rioja de 2010, así, pequeñita, de formato individual, como la de los aviones.

Me alegro también de ver entre los integrantes del grupo a Saint-Loup, un madrileño al cual conocí cuando jugaba en el equipo *La Roja* en honor a la selección española de la liga de fútbol amateur del Shanghai Honkou Stadium. Respecto a este personaje, he de mencionar que tengo especial debilidad por su sentido del humor ácido y sus comentarios extremadamente racistas, los cuales fraguó y perfeccionó durante el tiempo en el cual fue integrante de un grupo hooligan fascista, con el que solía ir al estadio a apoyar al Atlético de Madrid y, de camino abrir un par de cabezas que pensaban diferente o abrirse, en el intento, la suya propia. Saint-Loup tiene un par de años más que yo: es un

hombre robusto, que cuando estaba en forma y no abría la boca resultaba bastante atractivo para las hembras, pero que ahora se ha dejado un poco: le ha salido una tripa cervecera bastante visible acentuada por su gusto por vestir polos de Fred Perry de dos tallas menores, ya que se los compró hace tiempo.

Su corte de pelo es militar, con los lados y la parte posterior rapados y la parte superior algo más larga; en algunas regiones de España se calificaría como “cenicero”. Siempre calza Adidas Gazelle retro, salvo cuando salía de *caza*, pero de eso ya hace tiempo.

Recuerdo con ternura que me hacía mucha gracia porque, cada vez que le veía, de forma semanal debido a nuestros partidos de fútbol, solía estar navegando a la deriva en dirección a un islote diferente dentro de las limitadas vertientes del abanico de ideología de extrema derecha y, desde que dejó las botas y los tirantes en casa para buscarse futuro aquí, como entrenador de fútbol en una escuela de la zona, siempre hacía especial hincapié en liberarse de la fachada de nazi, insistiendo en el hecho de la existencia de un fascismo sin racismo.

Es interesante el hecho de que no conozco a ninguna persona de los bandos de ideología extrema cuyas decisiones vitales o su estilo de vida tenga la mínima concordancia con los ideales que promulga. Dejando esto aparte, lo verdaderamente importante es que, con Saint-Loup, habría risas aseguradas, porque además, tengo que mencionar, que es de estas personas que, aunque no sepa sostener ni justificar ninguno de sus ideales radicales ni sea lo bastante lúcido como para argumentarlos, tiene una chispa especial a la hora de salir de cualquier situación con humor absurdo y sarcástico y, al fin y al cabo, esa es cualidad tan necesaria como suficiente para aguantar a casi cualquiera: Además tiendo a ver a la gente del estilo de Saint-Loup como si fueran personajes de dibujos animados, sin importar mi grado de amistad o aprecio, ya sean amigos o personajes públicos. Los asiduos a la extrema derecha siempre me han parecido mucho más cómicos que los de la izquierda. A mi parecer, ver en esos monitores de televisión, colgados en frente de las máquinas de correr de cualquier gimnasio low cost a personajes en programas de política sensacionalista infame de extrema izquierda me cabrea, porque hasta me los tomo un poco en serio; pero con payasos televisivos de derechas, me lo paso verdaderamente bien. Me parecen seres casi fantásticos, luchando sin complejos contra su propia imparable extinción, infantiles, a veces tanto que

me resultan entrañables.

Por otra parte, para ser justos, tengo bastante admiración por la gente de mi generación que se toma la política en serio. Aquellos que sostienen sus propias opiniones con argumentos diferentes a los de sus padres; y no solo eso. Además argumentan seriamente y parecen hasta comprometidos de verdad, por lo menos en mi país y a día de hoy (y a día de ayer) es casi más difícil tomarse la política en serio por voluntad propia que la religión.

Pasé una semana en la que tuve jornadas de trabajo bastante relajadas en la oficina, disfruté de buenos menús del día en restaurantes unos ya conocidos y algunos nuevos y, tras par de citas completamente irrelevantes el martes y el jueves, llegó, por fin, el viernes. Yo ya había hablado con los amigos más cercanos para confirmarles mi asistencia a la cena y cerciorarme de la suya. Así que cogí de la nevera el paquete de embutidos y queso que me dieron mis padres, saqué un par de ellos fuera y pedí un Uber llevándome las cosas en la misma bolsa en la que mis padres me las trajeron.

Una vez llegamos todos y tras unos primeros minutos con un ambiente bastante incómodo por la imposibilidad de sacar temas relevantes para nadie, ya que la mitad de los asistentes estaban de resaca por haber salido el jueves y la otra mitad estábamos ya colocados por unos canutos bastante potentes que Odette y Gilberte se habían traído. Tras el necesario bla, bla, bla irrelevante, nos sentamos a comer. Un gran puntazo de la velada es que se vino un gran amigo al que conocía del equipo de fútbol cuyo nombre pasé por alto cuando chequeé en mi teléfono los asistentes del grupo; en realidad, Saint-Loup vino por él puesto que, al no haber mantenido el contacto con ninguno de nosotros, hubiese sido raro que se presentara allí solo.

El hecho es que este chaval estuvo trabajando diez años en China importando vino y tiene un par de tintos que son muy buenos. El Marqués de Cadaqués o algo así y el Conde de Viña no sé qué, uno era Rioja y otro Ribera del Duero, aunque a él le gustaba más el Rioja a pesar de que, en su opinión, “últimamente parece que no se es nadie si no se es aficionado al Ribera del Duero”. Solía pedirle algunas cajas con regularidad cuando él seguía afincado aquí porque me hacía precio de amigo. El tema es que, como nos vemos de ciento en viento, trajo casi dos botellas por cabeza y además me comentó que eran solo para nosotros. Había dejado de beber por “unos problemillas por aquí”, me dijo agitando la mano mientras señalaba la zona que va desde la pelvis hasta el pecho.

Desde el momento en el que me serví la tercera copa, noté que el ambiente

cargado del principio se había esfumado, por lo menos desde mi percepción, y aproveché para conectar mi móvil al altavoz y elegir una de mis listas de música en Spotify mientras miraba de reojo la tele, en la que estaban echando un partido de semis de la Champions, el cual me la pelaba bastante. Ya estaba el puto Ronaldo quejándose por una medio falta al borde del área. Con Ronaldo me pasa como con los tertulianos de los programas sensacionalistas. Cuando me lo tomo en serio me cabrea, como me ocurre con los de extrema izquierda pero, cuando me lo tomo a broma, me hace tanta gracia como los pseudoperiodistas conservadores: es realmente cómico ver cómo se enrabieta cuando no le salen las cosas y cómo se toma lo todo a pecho.

Por cierto, cuando elijo música en diferentes eventos sociales me ocurre que al principio a todo el mundo le encanta y me hacen un montón de preguntas y, al cabo de un tiempo, si no estoy atento a poner la siguiente canción —, y nunca estoy pendiente de la música ya sea porque rajo como un loco en cualquier evento social o porque estoy atento a las féminas, y cometo el error de dejar la lista de reproducción aleatoria automática—, la gente acaba hasta la polla de mis canciones. Normalmente, aprovechan mi momento de ir al baño para cambiar de rollo y, al volver y servirme otra copa y llevármela a los labios, me doy cuenta de que me han puesto reguetón por lo general, o algo relacionado una simbiosis latino-electrónica. Las canciones de reguetón o de electro latino deben de tener algo en el sonido psicoestimulante porque es ponerlas, no importa dónde y ante quien sea de cualquier país, que te encienden a la gente. Debo reconocer que son siempre un éxito asegurado a la hora de hacer bailar al personal y subirle un par de marchas a cualquier fiesta. Me imagino a ingenieros de sonido de Filadelfia y a psicólogos de Suiza junto al cantante de turno maquinando en el estudio la mejor manera de componer las letras y la música para que tengan unos sonidos hipnóticos y garantizar el éxito total. Por cierto, si la memoria no me falla, entre los títulos más destacables de esa noche estaban *Abre que entro* y *Contra la pared*.

Después de que Saint-Loup y yo termináramos de hablar de los típicos temas aburridos pero necesarios de introducción sobre la situación de cada uno, porque hacía tiempo que no nos veíamos, empezó a quejarse de su vida y de todo lo que giraba entorno su día a día. Tengo que decir a su favor que ejercí una influencia total a la hora de llevar el tema a ese terreno, el cual era de mi total disfrute y, a decir verdad, del suyo también, porque es ese tipo de persona que disfruta contando sus desgracias personales desde un punto pesimista pero jovial.

Me dijo lo de siempre: “que estaba hasta la polla de lidiar con los chinos”; yo sé que con “los chinos” se refiere a la “masa” que forma el país, es decir, me hubiese dicho lo mismo de los franceses si viviese en Francia o lo mismo de los yankees si estuviese trabajando en Estados Unidos, pero le dejé libremente que me contase sus penas sin interrumpir lo más mínimo. A fin de cuentas, con la compañía de un paquete de tabaco y una botella de vino, puedo aguantar tantas penas ajenas como dure el paquete o la botella.

He oído a tantos expatriados quejándose en cenas y copas en casa de otros expatriados de lo hartos que están de las personas del país donde viven que me parece la tónica de siempre. Eso sí, de todos esos quejicas, ninguno se vuelve su país de origen, mucho criticar pero, a fin de cuentas, debe ser que lo que les atormenta son, llanamente, problemas del primer mundo porque, por muy a disgusto que estén, no he conocido, a día de hoy, a muchos criticones que decidan coger un avión y volverse a casa para siempre por decisión propia.

—Los chinos son todos iguales, tío. Es como si Dios le hubiese dado a Ctrl + C Ctrl + P durante la Creación: 500 millones de veces y... ¡Fuera! Son como los bots de un juego de ordenador, es como si su patrón de conducta fuese una inteligencia artificial de alguna máquina y no un cerebro humano. Ese era exactamente el punto dónde quería llegar conversando con Saint-Loup. Me imaginaba a Dios de resaca durante la semana en la que tenía que hacer el trabajo de su vida. Se había dejado a los chinos para el final después de los demás humanos, sabiendo que se iba a ir de farra la noche antes y que se jugaba el resultado final de su obra a la resaca del último día. Como un estudiante que, ante la prueba final de acceso a la universidad, en la categoría de historia, se deja la Revolución francesa para el último día. Verdaderamente, estaba en completo acuerdo con lo que decía.

No lo estaba, por su puesto, con focalizarlo en los chinos ya que, desde su punto de desconocimiento absoluto de una cultura, las generalizaciones son el recurso habitual, a la que aparecen los primeros problemas o dificultades a la hora de adaptarse. De todas formas, entiendo que, partiendo del inexistente conocimiento de la cultura por su parte, su total carencia de amistades con gente oriental, unido esto a la poca capacidad de los chinos de expresar emociones, los comparara con bots de videojuego. Sin embargo, su comentario, también me recordó una idea que se me pasó por la cabeza en

Tailandia, lugar en el cual yo también puse en entredicho el reparto y la capacidad de equilibrar a la perfección el acto creador de Dios. Al cabo de unos días allí, hable largo y tendido durante una cena con un transexual que, según él, había sido banquero y padre de dos hijas hasta que, a los treinta y tantos, decidió romper con todo radicalmente cambiándose de sexo. Dejó su despacho en una de las torres en el centro financiero de Múnich y se propuso emprender una nueva vida prostituyéndose en el Sudeste asiático.

A partir de esta anécdota, siempre me ha rondado por la cabeza la posible causa de la enorme cantidad de personas que en Tailandia deciden cambiar su sexo. Es impresionante. Al principio, pensé que se debía a que, en una situación de desesperación económica, era una forma fácil de obtener un trabajo seguro en el oficio más antiguo del mundo. Pero, después de hablar con este transexual ex yuppie y reflexionar sobre el resto de países en los que se podría usar la misma estrategia para escapar de la pobreza, concluí que, sin embargo, no es algo tan común como en Tailandia; barajé pues, varias opciones que lo justificasen: la primera fue pensar que el sistema médico tailandés y, en especial, el campo de la cirugía plástica, estuviese mucho más desarrollado que en el resto de países de características afines, aparte de contar con una amplia experiencia en el sector que lo hiciese seguro y asequible (algo parecido a lo que es en Turquía la cirugía relacionada con el injerto capilar); además, estas características médico tecnológicas debían de ir unidas a un respeto generalizado por parte de la sociedad para con los transexuales; que les hiciese ser vistos como individuos normales y, respetables, esto es, un colectivo plenamente integrado en su cultura. La verdad que hay pocos países en Asia que reúnan semejantes características. Por otra parte, también pensé en la teoría de la resaca de Dios durante la creación y me pareció mucho más creíble.

Pienso que la causa de semejante situación está los hechos que acontecieron durante el último día antes de la defensa por parte de Dios de su tesis doctoral. El trabajo en cuestión estaría relacionado con la asignatura “Administración y Dirección de Empresas” y Él decidió emprender su creación de la humanidad como caso práctico para el proyecto. Sin embargo, lo que pasó realmente es que Dios, al estar corto de tiempo, con las prisas, la cagaría a la hora de asignar el sexo de los entrañables tailandeses e hizo de esta precisa y quirúrgica tarea de asignación un “pinto, pinto gorgorito”, como cuando te das cuenta en un examen tipo test que estuviste 55 minutos para resolver la primera parte y te queda toda una fila de preguntas que resolver en

los 5 últimos minutos.

Para el neonazi venido a menos de Saint-Loup, por la misma razón, cuando a Dios, nuestro señor le tocó desarrollar el tema que comprende la creación del humano chino, intentó hacer un corta y pega para ganar tiempo, lo que, obviamente, no consiguió que pasara inadvertido ante el tribunal de la tesis, al igual que para ninguno de nosotros.

—Eso sí, a pesar de los resbalones que tuvo Dios alumno en los puntos “Creación del pueblo chino” y “Asignación del sexo” dentro del punto “Creación del pueblo tailandés” — le comenté con una sonrisa.

—Cuántos chinos y tailandeses sumamente entrañables conocemos que hacen que en nuestro día a día tan lejos de nuestro país nos sintamos, como en casa, con su hospitalidad y dedicación. Así que, con todos los problemas e imprevistos que tuvo Dios alumno durante la realización de su tesis *Manual para la creación del mundo*, seamos justos con Él y su trabajo— le dije a Saint-Loup mientras inclinaba mi vaso para brindar—. Se merece un más que aceptable notable bajo”.

A todo esto, la cena trascurrió sin incidencias y nada reseñable, todo estaba tan delicioso como esperaba que estuviese o mejor y, a pesar de mi visible embriaguez, mantuve el tipo de pie fumando y bebiendo en todo momento. Al terminar, fuimos andando a tomarnos unas copas por la zona en una discoteca en la que ponen música electrónica alternativa, al lado de su casa. De esas que tienen las paredes llenas de pegatinas de grupos de música, marcas de skate y surf y de colectivos underground, sofás Chester rajados, camellos a la salida y un par de SEGA Saturn para dar el toque hipster. Había un ambiente bastante estudiantil; no lo recordaba así la última vez que me pasé por allí, hará unos siete meses. No estuvimos hasta tarde, veníamos de casa ya perjudicados todos.

Al volver decidí hacer una última parada en el McDonald's: Menu Big Mac con Coca Cola Light sin lechuga y dos pechugas de pollo picante. Pidiendo el menú normal tardan cuatro minutos en dártelo, al pedirlo sin lechuga me tardaron veinte, la próxima vez me pediré el menú y la quitaré yo mismo. ¿Y si verdaderamente son bots cuya inteligencia artificial tarda en reaccionar ante cualquier alteración dentro de lo que están acostumbrados? La regla de los veinte minutos sin lechuga ocurre en todos los McDonald's del mundo, en realidad. Espero mi pedido pensando si en verdad todos somos bots y el trabajo de Dios tiene agujeros más grandes de los que esperaba. Saint-Loup se despidió de mí de forma bastante efusiva y volvió a casa; con toda

seguridad durmió con la misma ropa y los mismos prejuicios que trajo a la cena.



Fue el cumple de M. de Charlus la semana pasada. M. de Charlus es mi primer amigo en esta ciudad, trabaja de consultor educacional para colegios internacionales desde hace seis años. Es el que más tiempo lleva aquí de todos nosotros —es difícil encontrar mejores condiciones en el sector educativo privado para un occidental fuera de Asia, con lo cual aquí tiene lo que necesita y, de todas formas, no es demasiado exigente en sus ambiciones— La edad de sus alumnos comprende desde los cuatro a los once años. M. de Charlus es alcohólico y vigorético.

Una vez recuerdo que en una discoteca le vi con una castaña encima de las que la gente ya solo se pilla en Nochevieja y el tío iba tambaleándose mientras bailaba en el espacio de una baldosa, con las manos pegadas al torso y mantenía colgando, como sin vida, las muñecas, a la manera de un tiranosaurio. En ese momento, yo que iba bastante más sobrio que el resto del personal, ya que trabajaba al día siguiente; de repente, vi a una de las promotoras del garito, la cual sé de buena tinta, que a M. de Charlus le gustaba, pasando por su campo visual; él, como buen mamífero terráqueo embriagado, se aproximó para hacer el baile del cortejo sin dudar. Desafortunadamente, al estar borracho y ser patizambo, sus andares fueron torpes y tropezó cual rinoceronte, balanceándose aturdido por dardos tranquilizantes de un cazador. El balanceo duró un tiempo, para delante —todavía cerca de la muchacha (intentó hacer que ese primer balanceo pareciera parte del paso de baile)—, para la derecha —ese segundo movimiento ya fue más obvio que no ese trataba de un paso de baile porque, al estar la chica también a la derecha casi se abalanzó instintivamente, sobre ella—. En el último y definitivo paso mortal, consciente de que su anterior movimiento había sido una cagada mayúscula, tomó la decisión psicomotriz natural de recular de nuevo hacia atrás; el problema fue que, al retroceder, la parte anterior de su rodilla se topó con la esquina de la mesa de un reservado que quedaba a su espalda, cayéndose vencido como King Kong encaramado a la cornisa del Empire State, mientras los pilotos asesinos le acribillan desde sus aviones haciéndole perder, dramáticamente, el equilibrio. Hostiazo sobre la mesa, botellas de Cognac OX y Perrier-Jouët volcadas, vasos rotos y la promotora que salió huyendo a pedir no sé si protección, auxilio o

simplemente un chupito de Thunderbitch para calmar los nervios.

Por cierto, como cumple ya treinta añazos y fuimos a cenar después del trabajo; propuse quedar lo antes posible porque ya me conozco cómo terminan estas cenas: si hay que terminar totalmente ebrio un miércoles, que por lo menos sea pronto para no sufrir más de la cuenta el jueves en la oficina. En realidad, casi más que sufrir en la oficina, lo que me da miedo es que me condicione y me haga estar demasiado cansado para salir de fiesta el jueves. Llegados a este punto, podría presentarme en la oficina, habiendo dormido dos horas y oliendo a vodka desde la calle, que a nadie le importaría lo más mínimo.

El día en la oficina fue tan aburrido y mis ganas de beber eran tan obvias, puesto que el fin de semana anterior había trabajado, que decidí irme media hora antes a pesar de no haber quedado con nadie aún, como había imaginado, a nadie le importó. Volví a mi apartamento en bici, dejé la cartera y bajé a la calle a comprar un paquete de cigarrillos, luego decidí esperar a Swann hasta que saliese de su oficina para ir al restaurante juntos y reunirnos con el resto allí. Su oficina está justo al lado de mi casa, con lo que me decanté por esperarle haciendo buen uso de mi happy hour favorita de la zona, la de Bar Céntrale que está justo entre mi casa y su oficina. Me pedí un vino blanco y encendí un cigarro mientras escribía por WhatsApp a amigos de España para hacer más amena la espera. Swann llegó justo cuando estaba apurando el culín del vaso y dándole los últimos tiros al piti, nos dimos un abrazo y tiramos para allá. Después de la cena, que fue del todo anodina, nos fuimos a tomar unas botellas de vino a un pequeño bar cercano.

Una vez allí, entre vasos y más vasos y risas y más risas dimos con un tema espinoso sobre el cual todos (o casi todos) podíamos dar nuestra opinión sin quedar demasiado expuestos al ridículo: criticar a Estados Unidos. Por mi parte, los argumentos principales se basaban prácticamente en la teoría de que “los americanos actúan históricamente igual que la Iglesia católica”. Siempre que hablo de “los americanos”, no me refiero ni mucho menos a ellos como individuos (puesto que de forma individual siempre me han parecido amables y simpáticos), ni siquiera como población: me refiero al *modus operandi* en el ámbito político de su gobierno a lo largo de la historia. –“Estados Unidos y la Iglesia católica han arrasado por donde han pasado, la única diferencia es que Iglesia católica lo ha hecho en el nombre de Dios y de los valores de igualdad y fraternidad de Cristo y América lo hace con la bandera de la democracia”.

“A fin de cuentas, ambos ideales sustentan y defienden los mismos valores de igualdad y fraternidad.” El fin y los medios son los mismos, la única diferencia es que Estados Unidos se ha quitado la casposidad colonizadora de la arcaica Iglesia católica, añadiendo un extra de purpurina democrática, para hacerlo más sexy y conectar así con los jóvenes. Swann, a pesar de que yo sabía que él estaba de acuerdo con muchas de las cosas que estaba diciendo, decidió apoyar el argumento contrario para que, según creo, darle algo de gracia al debate político de parvulario que habíamos montado en el bar.

—La verdad es que yo, desde un punto de vista práctico, me alegro de tener a un Big Brother al lado que responda ante las amenazas externas contra Occidente. Se han metido los primeros en todas las guerras a enmendar las cagadas de los franceses. Me hubiese gustado ver cómo sería el mundo moderno si ellos no hubiesen decidido entrar en los conflictos importantes en los que Europa se ha visto inmersa en el pasado”

Esto eran algunas de las perlas que dijo; parcialmente, me parecía que no le faltaba razón en teoría o, por lo menos, consideré necesario que soltara esos argumentos desde un punto de vista práctico, para echar leña al debate. La verdad es que es muy fácil meterse con la política bélica a lo largo de la historia de los Estados Unidos: es como hablar sobre Donald Trump con otro grupo de expatriados europeos. En cualquier situación tiene, el pobre, tanto estigma de republicanismo rancio que, a mínimo que alguien tenga un pequeño atisbo ideológico de progresismo, haya salido de su país un par de veces o se haya leído libros más allá de los de Paolo Coelho, le criticará sin clemencia. Es demasiado fácil, se ha caricaturizado tanto su figura que parece poco menos que un Darth Vader en la estrella de la muerte pensando cuál será el próximo planeta que colonice.

Por eso me alivió que alguien por lo menos saliese en defensa de “los americanos” o que se oyesen argumentos contrarios a mis juicios contra ellos tan sinceros y directos como convencionales. Me sorprendió gratamente cuando Kanye West decidió entrevistarse con Trump tras haber sido una de las celebrities que más apoyó a Obama durante su primera campaña; ¿Por qué este Darth Vader no se merecería tener a alguien cool por una vez, no apoyándole políticamente, pero, al menos, queriendo sentarse a charlar? Lógicamente, para Trump, intentar desesperadamente conseguir a famosos de primera línea con influencia y reputación ante los jóvenes o con conexión emocional con las nuevas generaciones es como ver a una cincuentona mujer florero en el gym, vestida como una preadolescente, marcando tetas operadas y creyendo seguir

en la cresta de la ola ajena al paso del tiempo.

Pero... aunque solo sea por no vernos continuamente inmersos en conversaciones en las que todos estamos de acuerdo, esa gente que ya no es sexy para la juventud, aún de vez en cuando, los Donald Trump de turno se merecen algún Kanye a su lado; al menos para romper estereotipos sociales y así aportar algo de complejidad a conversaciones de Millennials mimados en bares. A pesar de este inciso, seguí a lo mío con mi guerra particular contra los “pobres americanos”

—¡Joder!, se han dedicado a señalar y arrasar países acusándoles de tener de armas de destrucción masiva cuando han sido, a día de hoy, los únicos que han apretado el botón de la bomba atómica, y lo han hecho dos veces con unos daños irreparables. En realidad, a mi parecer, se comportan como el típico chulito acomplejado porque una vez le rompieron el corazón: a la que se siente expuesto a una situación sentimental en la que puede salir peor parado, como ya sabe las causas y las consecuencias, prefiere hacer daño antes de que se lo hagan.

Por supuesto, no creo que los españoles seamos mucho mejores, estamos tan jodidos como ellos; la única diferencia es que desde un punto de vista “macro” e internacional nos exponemos menos; tan solo hace falta echar un vistazo al ranking de las 10 canciones más populares por país en Spotify para cerciorarse de lo bajo que estamos como sociedad en el terreno moral y cultural. Mientras que en Estados Unidos hay un casi completo monopolio de hip hop Millennial o Generación Z, en España hay una implacable presencia de reguetón y trap. Si cogiésemos las letras de las diez canciones de cualquiera de los rankings y las imprimiésemos una tras otra, no llegaríamos siquiera al mismo número de palabras diferentes de las que tiene una canción de Dylan o Leonard Cohen.

Ante esta sobredosis de politiquismo nos dimos algunos cuenta de que la conversación se estaba yendo de madre y había gente que había dejado desde hace tiempo de ser partícipe, al fin y al cabo, estábamos celebrando un cumpleaños. En ese momento decidí callarme y proponer movernos a otro bar. Acto seguido Elstir dejó su vaso de vino en la mesa tras casi cinco minutos en los que no había abierto la boca y nos deleitó con una intervención, en mi opinión, magistral, probablemente la mejor opinión política de toda la cena:

—Por cambiar de tema: el otro día fui con Combray a un masaje de los de final feliz. Era tan profesional la chica que me lo hizo, que me tuve que hacer una paja cuando llegué a casa, pensando en la paja que me habían hecho.

## ocho 八

Estoy de compras una amiga: Voy andando por el intercambio de la línea 2 a la 13 de la estación de metro Huaihai Road, que es tan grande como una terminal de aeropuerto, mientras pienso: “en chino el color naranja se dice “chéng” y la naranja de fruta se dice “chéng”; en inglés naranja se dice “orange” y la naranja de fruta se dice “orange”; en español ambos términos también llevan el mismo nombre: “naranja”. ¿Cómo se puede dar la coincidencia de que en tres culturas tan lejanas unas de otras y con idiomas tan diferentes llegaran a la misma conclusión de usar la misma palabra para describir tanto la fruta como el color? Y... ¿Por qué no pasa lo mismo con el limón y el color amarillo, “yellow”, huáng? ¿Por qué el elegido no ha sido el limón?

Hoy hace un sol espléndido y he decidido ir a la piscina del W Hotel a hacer unos largos, pedirme algo de beber y leer un poco. He empezado a leer *Limonov* de Emmanuel Carrère, y, por ahora, parece que es totalmente mi tipo de libro, además es fácil de leer.

Después de hacer unos largos y decantarme por un Aperol Spritz de aperitivo en vez del vino, me pongo a revisar Instagram en la hamaca de la orilla de la piscina. ¡Cómo se nota que estamos en verano!, todas las stories son iguales: culo, culo, tetas, culo, abdominales, foto de piernas de cara a la playa, culo, culo, tetas, abdominales, foto de piernas de cara al mar, foto de desayuno frente al mar.

Se ha democratizado de una forma tan rápida el viajar debido a la bajada de los precios de las aerolíneas en los últimos años. ¿Siempre se ha tenido esta pasta para viajar y hacer planes cool pero lo que pasa es que sin redes sociales no sabíamos los planes los unos de los otros? ¿La crisis económica ha terminado por completo? ¿Resulta que ahora todo el mundo tiene pasta? Bueno, ¡Qué más da! Aquí estoy tumbado la piscina del hotel de mi cadena de hoteles favorita, en la que por cierto nunca he pasado una noche, Aperol en mano.

Vuelvo a darle un último vistazo a Instagram antes de quitarme las gafas de sol Gentle Monster de cristales casi transparentes rosados que me dan un aspecto interesante, desenfocado, entre Johnny Deep justo antes de su decadencia y un pedófilo; voy a ponerme definitivamente a avanzar un poco en la lectura hasta que me doy cuenta en un patrón común en las fotos en la playa de espaldas de las chicas; vamos, en las fotos de los culos, las fotos para justificar las horas empleadas sufriendo en el gimnasio: en la mayoría de las fotos de ese estilo se puede ver que levantan los talones como si llevaran unos zapatos con tacones invisibles y así realzar su culazo. Es tan evidente el propósito de la pose que en algunos casos me ha dado un poco de vergüenza ajena. ¿Cómo puede haber personas que nos intenten colar de una forma tan burda que de un verano para otro les ha crecido un culo explosivo de melocotón latino donde antes había un culo simplemente resultón? Es obvio que si algo recordamos los tíos de las tías que vamos conociendo es el culo, podrían incluso haber colado algún truco en las fotos para resaltar colores de

ojos o incluso filtros para hacer ver la piel más bonita, pero... ¿El culo? ¡Cómo vas a intentar engañar con algo tan básico como el culo!... ¡Por Dios!, eso no se olvida por mucho que pasen los veranos.

He pensado en publicar algo así como “¿Las tías que suben los talones en las fotos de espaldas al sol verdaderamente esperan que creamos que de un año para otro les crece un culo de cubana?” Podrán colárnosla con el color de los ojos pero el con el culo no, el culo nunca se olvida.

Desafortunadamente, tampoco se olvidan los culos planos (en mi mente está todavía grabada a fuego la imagen del disco *Two Virgins*, en la que John Lennon y Yoko Ono salen desnudos de espaldas y la grima me invade), ¿Cuál debe ser la causa de los odiosos culos planos? Aparte de la falta clara de ejercicio y el ritmo de vida sedentario, ¿Debe de tener que ver con dormir boca arriba? Las personas que duermen boca arriba están expuestas unas seis u ocho horas diarias más de aplanamiento cular que el resto que duerme hacia un lado o boca abajo, seguro que Yoko era de esas, y se echaría hasta siestas entre semana.

El arte postural del dormir, diferente en cada una de las personas, es un gran misterio, juzgo a las personas románticas y a las no románticas en función de su postura al dormir. Está la variante no romántica que consiste en aquellos que durmiendo solos en una cama de matrimonio una queen o king o cualquier cama en la que quepan dos o más personas, duermen en el centro. La variable romántica es aquellos que en la misma situación postural deciden hacerlo en un borde, y dormir de la misma manera en la que dormían cuando lo estaban acompañados, dejando un vacío en el otro lado de al menos la mitad de la superficie, como si la energía de la otra persona se fuera a posar sobre las sábanas para hacernos una vez más compañía: soy irremediamente de las segundas.

Al final reculo y decido quedarme ese juicio sobre los glúteos para mí mismo; al fin y al cabo estamos en unos tiempos en los que el sentimiento feminista o hembrista, o no se ya cómo se llama porque con esto de las categorías hay que estar actualizado sobre los sucesos actuales en todo momento; tres días sin ver pantallas y ya estás fuera totalmente de cualquier conversación entre gente joven debido a que los neologismos o anglicismos nacidos durante ese periodo ya tienen cabida en casi todas las conversaciones sociales, ya sea en el bar o en la iglesia. Debe de ser que los jóvenes de hoy en día nos dedicamos en cuerpo y alma nada más salir del trabajo a la tarea de memorizarse los nuevos términos bufónicos y americanismos que cada día

surgen, se reproducen como setas de temporada y sustituyen a términos centenarios de nuestro propio idioma, absolutamente válidos.

Es interesante ver cómo, en la época en la que más se ha democratizado el acto de soltar la opinión de cada uno en internet a los cuatro vientos, me siento por primera vez coartado a la hora de dar la mía. Cuando era pequeño, en el colegio, es verdad que muchas veces no daba mi opinión puesto que tenía una autoridad que podía castigarme en el caso de que me pasara de la raya, pero en mi casa siempre se me permitieron expresarme; otra cosa que por ello me llevase un bofetón de aúpa; pero, en ese caso, la mayoría de las veces sabía de antemano cuándo iba a pasar y cuándo no. No obstante, el hecho de tener que morderme la lengua a la hora de publicar o no publicar este comentario por miedo a las represalias en las que me puedo ver envuelto es, cuanto menos, inquietante. Últimamente, he notado que en los medios occidentales en general ha resurgido un movimiento feminista que, en ocasiones, me ha parecido implacablemente intransigente, fascista y corto de miras.

No estoy hablando de que salga Salma Hayek en una ceremonia o premio de cine arremetiendo contra productores tocones, me refiero a que, en estos momentos, he notado que toda broma en contra de un colectivo minoritario o históricamente “más débil” es demonizada de una manera que ni la censura insegura de líderes casposos de hace 50 años se tomaría tan a pecho. ¿Ya no se puede hacer una puta broma sobre los judíos? Ni sobre los negros y tampoco, por favor, ni hablar siquiera de los transexuales porque son un colectivo con cada vez más “voz”; no podemos contar chistes de gente follándose a animales porque también tienen su derecho a reivindicar sus derechos como colectivo: hace tiempo que no oigo eso de “que te folle un pez”. Es más, a través de la industria del entretenimiento holywoodiano nos intentan hacer partícipes a todos de estos movimientos para transmitirnos un sentimiento de unidad ante la injusticia que hace que perdamos la vista y giremos la cabeza ante otros problemas sociales. ¿Qué Donald Trump quiere plantar un muro en México? Pues Pixar saca la película *Coco*. ¿Que en Estados Unidos están las cosas cada vez más calientes entre la policía y el colectivo afroamericano por sucesivos casos de abuso policial? Estrenamos *Black Panther*. Seis meses después surge el colectivo Me Too a raíz de la publicación de casos de violación o abuso de poder en industrias tan expuestas como el cine o la música: pues sacamos *Wonder Woman* como solución al problema, para hacer de los movimientos sociales una moda audiovisual pasajera; además, la metemos en *The Avengers* aunque su



personaje no tenga identidad ni esencia alguna y su papel sea más un cameo que algo deliberadamente justificado.

¿Qué sería hoy de *The Simpsons* o de *South Park*, o de cualquier otra serie con las que hemos crecido? Han mostrado con agudeza, además, los complejos, inseguridades, problemas de la sociedad a la par que nos han dejado décadas de humor ácido y genialidad crítica. La opinión se ha democratizado tanto y hay tan diversos colectivos que se está difuminando la libertad del humor negro y de la broma grosera ¿Debe de ser por eso que los chistes de los programas y las comedias de ahora no me hagan ni puta gracia? ¿Debe de ser por eso que hace años que no voy al cine ni una película perdura en mi memoria apenas dos meses después de verla? ¿Debe de ser por eso que el Oscar a la mejor película del año pasado se lo disputaron *La La Land* y no sé qué otras? De la primera solo recuerdo a Ryan Goshling interpretando, de nuevo, a Ryan Goshling, con el corte de pelo atemporal de Ryan Goshling, con la única diferencia sustancial de que esta vez ha recibido clases de baile, con lo cual Ryan Goshling mueve sus caderas de forma grácil en vez de tener escenas más estáticas, como otras veces. En cambio, en 1994, por ejemplo, los competidores fueron *Pulp Fiction*, *Forrest Gump*, *The Shawshank Redemption*. Estaban hasta fuera de competición *The Lion King*, *Léon: the professional* o *Ed Wood*. ¿Debe de ser que el que hayamos adquirido, en un plazo muy corto de tiempo, el derecho de compartir y juzgar una opinión a diestro y siniestro, haya desembocado en que nos irrite escuchar la ajena? Opinión que, en otro tiempo, se perdía, dentro de la plácida comunicación unilateral del hombre panzudo con su televisor o transistor.

Llevo tanto tiempo sin hacer absolutamente en el trabajo que estoy profundamente hundido en una crisis existencial. Me siento completamente alienado, estoy convencido de que he elegido mi camino en la vida de forma pésima. Siempre me he valorado a mí mismo como persona relativamente creativa, con capacidad para plantear ideas desde un prisma poco convencional, de ahí mi interés por el arte y la literatura, de ahí que hubiese, aunque suene a coña, elegido la carrera de publicidad, puesto que consideraba que era la forma más “comercial” de acercarse al sector artístico; es decir, mantener el contacto con la vena creativa y divertida sin tener el extendido miedo generalizado a morir de hambre al haber elegido una profesión puramente artística o humanística.

El hecho es que creo que, por mis circunstancias y elecciones vitales, me estoy alejando cada vez más de la vertiente vocacional y especializando en territorios mucho más grises y corporativos donde mis cualidades, desde un enfoque profesional, práctico, ya casi olvidadas, están agonizando.

Durante mi último mes, verdaderamente creo que mi única actividad vital consiste en ganar un sueldo a final de mes que gasto en restaurantes cercanos a mi edificio durante la hora de la comida para después defecar la materia alimenticia ingerida con anterioridad y volver a casa para apagar el cerebro en el acto de dormir con el fin de encenderlo a las 8.30 del día siguiente con el fin de emprender otro día de cobrar, gastar, alimentarme y cagar mis esperanzas renovadas de nuevo.

Mis aspiraciones se basan ahora esencialmente en la posibilidad de emprender, como muchas otras personas con sueños artísticos no conseguidos por su incapacidad para sacrificar todo por ellos, proyectos autofinanciados por nosotros mismos gracias a las rentas de los trabajos deshumanizados en los que hemos decidido emplear nuestra miserable existencia. Es decir, poder llegar a un punto en el cual la decisión de haberme encaminado más por el mundo de los negocios que por el terreno artístico me permita tener la independencia económica para encarar proyectos personales con total libertad. Gozaría así de una salud financiera como para disfrutar del arte como personaje principal y no como ente pasivo, al cual le jode ir a exposiciones o ver películas de artistas exitosos, ya que tiene el ego tan grande que cree que

lo haría mucho mejor que ellos, si hubiese seguido su mismo camino. A fin de cuentas, no suena tan mal la idea de venderse al capital como garantía de poder ejercer de mecenas de uno mismo.

En fin, después de una mañana en la oficina prácticamente empleada en darle vueltas a esta situación, decido hacer, por enésima vez, para no sentirme solo, supongo, un barrido a los contactos del teléfono para asegurarme de si hay alguna chica del pasado con la que pueda retomar el contacto esta semana. Voy mirando la agenda desde la “A” y sigo leyendo, pasando por amigos, ex colegas, amistades de discoteca y borrachera y chicas con las que he tenido relaciones vacías. Me vuelvo a sorprender a mí mismo: es una locura la cantidad de gente con la que he intercambiado el teléfono durante momentos de euforia nocturna y no nos hemos dignado a emplear 20 minutos en tomarnos un miserable café juntos. Mientras sigo bajando y ya voy por la “M” de “Michelle rubia beer festival” me imagino a mí mismo como un autómatas en las hipotéticas citas que pudiese tener durante esta semana repitiendo la misma monserga de preguntas necesarias para romper el hielo: “Y ¿Qué es lo que haces aquí?” “¿De dónde eres?” “¿Qué tipo de cosas te gusta hacer en esta ciudad aparte de salir de fiesta?” “Porque ya me he cansado de salir de fiesta, prefiero hacer otros planes alternativos”

: *M E N T I R O S O*...Pero... ¡Joder!...¡Lo bien que funcionaba esa frase!..

De pronto doy con una tal Buba que era una chica pequeñita, la más pequeña con la que nunca tuve una cita, y con unos ojos tan bonitos como entrañables. La razón por la que nunca volví a quedar con ella es porque me pareció que tenía algo especial, que no sería para nada fácil y en la época en la que la conocí tenía tantas opciones que me decanté por quemar relaciones fugaces en vez de tomar todo mi tiempo y esfuerzo en conquistar a un alma que de verdad mereciese la pena: “¡Hey, Buba! ¿Qué tal el fin de semana? ¿Te apetece que nos veamos el sábado que viene?”

Dejo el móvil en la mesa, y me bajo a por un café a Manner Coffee, que es uno de los negocios que más me gustan de la ciudad. Yo no tengo la menor idea de café pero el diseño de la tienda me encanta, los bancos de la terraza son de cartón reciclado y tienen forma de acordeón para meterlos dentro cuando llueva o la tienda cierre por pequeño que sea el almacén. Además, devuelven casi 1 euro si llevas tu vaso no desechable en vez de usar los suyos, razones suficientes para que sea mi cafetería favorita.

Subo a la oficina de nuevo con el café en mi propio vaso no desechable y mi

euro no gastado. Cojo el móvil; ha respondido. Su respuesta:



¡Hay que joderse!, ¡¡No me lo puedo creer!! No es ni la primera ni la segunda vez que alguien de aquí me manda ese emoticono, pero lo odio con toda mi alma. Es el más básico de los iconos de Wechat [smile] ¿Cómo puede ser esa sonrisa de Judas el emoticono estrella de Wechat? Sé que los asiáticos son mucho menos expresivos que los occidentales pero, esa es la cara más falsa que he visto nunca; ¿Qué clase de persona va a sentirse arropada o agradecida ante una bonita frase con semejante emoticono acompañándola?

Le respondo que si le pasa algo, que me parece una respuesta un poco escueta, sobre todo, después de tanto tiempo sin hablar. Luego pienso que, a lo mejor, me lo he tomado demasiado en serio, teniendo en cuenta que es una persona a la que he visto dos veces en la vida cara a cara. Se toma su tiempo para responder y me dice que estaba muy liada. Le digo que tiene que ser muy importante como para responder a un mensaje de forma tan desinteresada a alguien a quien no ve desde hace tanto tiempo. Me responde que precisamente por eso, qué coño espero, que no hemos hablado apenas desde que quedamos (no compartimos nada más que una cerveza, por cierto) que la conozco de dos días y que mi reacción es desproporcionada.

Tiene más razón que un santo, así que la mando a la mierda.

Escribo dos párrafos y medio para mandarla a la mierda.

Ésta es su respuesta:



¡Me cago en diez! Con esto sí que no puedo. Este es el peor de todos los emoticonos del catálogo de Wechat el [bye], ése ya es el colmo. ¿Quién puede sentirse de nuevo arropado o satisfecho con un cariñoso mensaje de despedida seguido de ese emoticono? Si me mandasen eso después de una discusión junto con una frase cariñosa y tipo “*Gracias por todo, lamento la discusión de*



*antes, que descanses, cariño*” me giraría al momento en busca de alguien apunto de apuñalarme por la espalda. Esa sí que es la cara de Judas Iscariote con su recompensa de 30 monedas, después de vender a Cristo desapareciendo en la oscuridad de algún callejón de Judea. Ese emoticono me recuerda a las caras de los villanos cuando uno de los buenos de la peli está colgado del borde del precipicio luchando por su vida y ellos sonrían mientras le dan un discursito malvado de despedida; pisándole uno a uno los dedos antes verle caer al vacío, con una sonrisa sádica (esa sonrisa) y moviendo la mano diciendo “hasta nunca” (esa manita).

Buba tiene unas aptitudes, en cuanto a mensajería instantánea se refiere, que me encantan: es extremadamente certera y sobria a la hora de escribir los mensajes, lo que hace que cada conversación con ella a través del teléfono sea relevante, sin llegar a cansar lo más mínimo. Todo lo contrario ocurre con las personas que usan expresiones exageradas por mensajería instantánea; en el caso de los hombres me resulta molesto, cansado y de mal gusto y el mismo hábito, en las mujeres, me resulta, simplemente, antímorbo. Cabe destacar varios tipos de personas que sacan de las casillas por su modo de escribir en

aplicaciones de mensajería instantánea:

A) Ese tipo de personas que contestan a todo comentario medianamente ingenioso con una reacción a años luz desproporcionada tal como “hahahahhahahahahaha” o usan !! o !!! cuando se excitan o incluso !?!?!?!? cuando se muestran escépticas o, simplemente, usan más emoticonos que vocales en cada frase; con eso sí que no puedo.

B) El “Jeje” o “hehe”: ¡Qué coño significa ese tipo de risa? Parece que están tramando siempre algo. Estos, además normalmente tienen también la manía de auto darse un “me gusta” a sus propias publicaciones en Instagram, lo cual siempre me ha parecido de un confianza en sí mismos aberrante. El colmo es que, en algunos casos, ambas fotos de perfil, su foto principal y su portada o foto de fondo son de ellos mismos: eso es el punto más álgido del ego y de la autoadmiraación personal.

C) Las personas que lo abrevian todo, que da igual lo inteligentes que sean que van a parecer mucho más límite. Da igual quién y cómo sean, que si escriben así, ya van a perder 3 puntos en su ranking de atractivo.

Ejemplos:

Lol, Idk, Dk, wtf

Creo que la peor respuesta que puedo recibir a uno de mis mediocres chistes sería algo así como:

WTF!?!?!?!?!? Hehehehehe. LOL [emoji] [emoji] [emoji] [emoji]

El hecho es que su breve respuesta me hundió todavía más si cabe ese día pero, paradójicamente, Buba, unos meses después se convirtió en mi único amor y mi fiel compañera en esta ciudad del pecado. Recuerdo que las primeras semanas de conocerla escuchaba canciones románticas en Spotify durante el trabajo y luego borraba el historial de búsqueda para que no me pillase. La pequeña, sobria, elegante, fuerte Buba.

once + — ( Prácticamente una relación después)

Llevo años en esta oficina, viviendo a escasos 500 metros de ella, en el centro de la ciudad, tengo la suficiente comodidad laboral como para faltar al trabajo justificándome el mismo día, incluso ha habido veces que ni lo he justificado y, por supuesto, nadie me ha echado en falta ni nadie me ha echado nada en cara; tengo un sueldo que no es para nada del otro mundo para como son los sueldos de los expatriados de esta ciudad, pero me permite de sobra mis cenas, mis copas, mis masajes, mis caprichos de ropa de vez en cuando y mis dos o tres viajes al año, lo que, a nivel práctico, vienen a ser el sustento de mi alma y el estímulo necesario para seguir adelante. He dejado de sentir, mejor dicho, llevo mucho tiempo dejando de sentir, de esforzarme por las cosas.

Con Buba después de 1 año y 9 meses veo que mi relación parece tocar fondo, no nos esforzamos porque cada día sea especial, no recuerdo un periodo en el que emplee mi tiempo de ocio en planes diferentes que satisfagan mis estímulos sensitivos con relativa continuidad, cada puto día parece una copia del anterior.

Según Heidegger, la cualidad más importante que diferencia a los seres humanos del resto es que, nosotros, empleamos nuestro tiempo en hacer cosas en las que estamos interesados. Los animales no eligen el camuflarse y el esperar a la presa para comer, no es una actividad que les resulte placentera o lúdica. Las olas no golpean las rocas porque lo encuentren excitante y les satisfaga. Creo que poco a poco la rueda capitalista nos ha hecho desprendernos de esa cualidad única de humanos sin que siquiera seamos conscientes. Hay días en los cuales hemos empleado todo nuestro tiempo en hacer tareas que no nos satisfacen en absoluto. Y lo peor es que nuestro procedimiento ha sido automatizado hasta tal punto que, si ningún acontecimiento nos permite pincharnos con la aguja de la rueda y despertar del letargo, podemos repetir ese día durante años y no darnos siquiera cuenta. Después de haber tenido unos cuantos Iphones ya no nos hace ninguna ilusión comprarnos un móvil nuevo pero “Tengo que comprarme un móvil nuevo” “No tengo camisas presentables” “No sé que ponerme hoy para salir, no tengo ropa” mientras hurgamos en un armario repleto. Escogemos trabajos en los cuales a veces ni nos planteamos nuestro impacto en la sociedad llevando a

cabo el rol que tenemos (si es que hay impacto de algún tipo, porque muchas veces en las grandes multinacionales la mayoría de puestos de trabajo no tienen el más mínimo impacto en la infinita cadena de mando, salvo remunerar al trabajador para que siga alimentando, con su sueldo a final de mes, a la *tenia* consumista).

Es aterrador pensar que es muy común tener relaciones sentimentales duraderas con alguien al que, llegado un punto, te dejas de plantear si te llena, gusta o emociona. Simplemente estás con esa persona por no estar solo o porque es lo que llevas ya haciendo mucho tiempo y no hay razón para cambiar. En ocasiones vivimos tan metidos en la rueda del consumo anestésico que ni nos damos cuenta que llevamos un tiempo infinito llenando nuestros días de actividades y pensamientos que no nos aportan felicidad ninguna.

No soy de esos carcamales amargados que viven anclados en el “cualquier tiempo pasado fue mejor”: pero creo que estoy empezando a echar de menos el tiempo en el que llegué aquí de nuevas, con una mano delante y otra detrás, en el que aplicaba a cincuenta ofertas de trabajo diferentes al día, hacía entrevistas con gente con las que sabía de antemano que no llegarían a nada, pero que me podrían dar las herramientas suficientes para estar más cerca de conseguir un empleo; salía de fiesta con una fuerza vital interior incontenible para hacer por conocer gente nueva, llevaba a casa muchas veces acompañado de gente diferente que pondría diversidad a “la mañana siguiente”. Cuando volvía solo a casa, no sé ni cómo volvía, me despertaba pensando “Madre mía, la que liamos ayer” y eso, amigos míos, eso era la rutina: miradas furtivas en el transporte público que desembocaban en algo, desvaríos eternos volviendo de fiesta, disfrazarnos cada uno de forma excéntrica al llegar a cualquier casa de after party y empalmar yéndonos a un museo de arte moderno a dar el numerito: delirios de grandeza, errores, triunfos, riesgos y heridas.

He logrado ya el punto de estabilidad vital y social que me he aburrido. ¿Soy esclavo absoluto del estímulo? ¿Nunca podré tener una relación sentimental madura por un largo periodo de tiempo? ¿Tendré siempre la condena de que a los 3 años, si no antes, sienta el imparable cosquilleo que me obliga a dinamitarla y empezar a construir otra relación diferente apilando los cimientos de la anterior para luego admirar la obra sin poder tocarla de nuevo porque simplemente me ha aburrido la monotonía? ¿Puede ser que el Karma me la esté devolviendo por no ser capaz de dar amor a quien ha estado dispuesto



a dármele? En realidad, no creo para nada en el Karma, me parece una autentica filosofía de clasico hipijo ( hippy + pijo) del palo, de los que han ido dos veces a la India y se ha hecho un viaje con mochila por Laos y ya se creen Siddartha. No entiendo cómo puede ser tan popular y admirada una filosofía de vida en la cual la naturaleza del acto bondadoso reside puramente en las consecuencias de éste: hacer buenos actos todos los días para esperar a cambio que te pasen cosas buenas, ¿Dónde coño está ahí el altruismo? ¿Dónde ha ido a parar el hacer el bien para hacer sentir felices a los demás sin esperar una recompensa automática? No entiendo la diferencia entre un pseudohipijo pregonero de la filosofía del Karma y un oficinista tecleando en su ordenador de la forma más eficiente que puede una factura proforma para tener una recompensa económica a final de mes o, en algunos casos, en cheques gourmet en franquicias de restaurantes italianos cerca del complejo de oficinas.

Llegados a este punto de la historia, recuerdo a un amigo español, expatriado de cuarenta y tantos, con el que juego al tenis de ciento en viento: (debido a la sucesión de acontecimientos relacionados con su persona y forma de vida que voy a relatar a continuación he prescindido de llamarle por su nombre, por miedo a represalias y por respeto a su persona) así que lo llamaré: F\_ancisco, para no herir a nadie: Resulta que este hombre (guardado en mi teléfono como *F\_ancisco, el animal*) es una curiosa persona de esas que tiene la irritante manía de referirse continuamente a sí mismo en tercera persona, diciéndose en público a sí mismo en voz alta cosas como:“¡Venga F\_ancisco!, ¡Cómo se llamaba, que se te olvida todo!”cuando intenta acordarse del nombre de alguien del que está hablando, también, cuando quiere prestarse para hacerte un favor, mientras te pone una mano en el pecho y otra en el suyo “Y si necesitas algo, se lo dices a F\_ancisco” otras de las lindezas que han salido de su boca son “ Soy el puto amo” “Yo aqui soy el jefe de todos” “Estoy más fuerte que el ajo” “ Soy un animal” o mi favorita “ Ayer no me hice una paja en la ducha antes de ir a currar así que al llegar del trabajo me follé a mi mujer como si fuese Rafa Nadal”. Ese molesto hábito no se puede deber a otra cosa que a un afán de protagonismo y relevancia social debido a carencias de las misma naturaleza durante la juventud, porque no se me puede ocurrir semejante fijación por enervar a la gente repitiendo constantemente su propio nombre, como si cada vez que fuese a hablar de sí mismo desplegase una alfombra roja, cual César, y se pasease a caballo ante la audiencia diciendo “ Aquí estoy yo”.

En resumen, el bueno de F\_ancisco es un expatriado que lleva aquí más de quince años. Él estuvo viviendo en una ciudad de tercera hasta que el año pasado, por fin, logró que le trasladaran a la gran ciudad. Por su trabajo, viaja constantemente por todo el país visitando fábricas y, también por su trabajo, cuando cierra tratos, se ve inmerso en cenas con los proveedores, donde, después de tomar ríos de vino y whisky, suelen terminar en garitos de alterne, los proveedores por tradición y educación y los extranjeros por vicio; es decir, a pesar de tener una mujer, que ya la quisieran muchos, con muchas más aptitudes que él, y a la que se la lleva pegando con otras desde que prácticamente la conoció. Hasta ahora, todo era coser y cantar para F\_ancisco: cogía el avión o el tren, hacia un “*Veni, Vidi, Vici*” en la ciudad correspondiente, se volvía con un trato cerrado y habiendo pasado una buena noche y hasta la próxima; si te he visto no me acuerdo. Todo estaba bien hasta que me confesó, hace poco más de un mes, que la vida le había dado un giro de 180 grados: por primera vez, se había enamorado de una de las chicas que trabajan en uno de esos bares de alterne en los que terminaba con los proveedores: Resulta que una de las camareras del *Judy's*, de 23 años, que trabaja ahí para sacarse un sobre sueldo durante los meses de descanso de su trabajo real, que es el de empleada en un crucero Disney para familias por Bahamas y Cabo Cañaveral, le había robado el corazón. Las consecuencias son que el personaje en cuestión ha estado el último mes dejándose el sueldo y la dignidad pagando viajes extras y montándose excusas y coartadas con su jefe y su mujer para seguir alargando los encuentros con su nueva princesa Disney y escort a tiempo parcial. Al escuchar atónito contar semejante bombazo, mi consejo primero, a bote pronto, fue intentar convencerle de lo que hacía era una locura, de que perdería a su familia; además, una chica que trabajaba en un garito como el *Judy's*, que lidia con babosos, empresarios y golfos todos los días del año, no va a estar enamorada de verdad de semejante animal, como el pobre F\_ancisco piensa.

Le comente, que seguramente la chica está aceptando este *affaire* por dos razones: o por el dinero o por el riesgo y la adrenalina de la situación (en realidad solo le comenté la segunda, puesto que me parecía lo suficientemente convincente y hablarle de dinero me parecía demasiado insensible). El problema es que el hombre se comporta como un total adolescente, escribiéndole por teléfono, dándole a *like* a fotos en redes sociales, trasnochando, llamándola a hurtadillas... estuvo escuchándome atentamente, asintiendo y entendiendo, negando con la cabeza mientras miraba al suelo

como un perro arrepentido, sin embargo, cuando respiró y abrió la boca para su turno de réplica, la respuesta que dio a mis consejos me descuadró todo:

—Pero a mí ya me da igual: llevo tanto tiempo sin sentir que tengo más miedo a vivir como un muerto en vida que a perder a mi familia para siempre. Ahí me mató. Cuando soltó eso pensé: “¿Quién soy yo, pues, para juzgarle?” Por supuesto, engañar a tu mujer durante años es cobarde, mentiroso y pecado mortal, pero una vez llegados a ese punto, ¿Quién soy yo para aconsejar a este hombre en la elección de ser condenado a que le descubran, siga adelante con su amor de verano y se quede sin mujer ni hija o se resigne a sobrellevar con infelicidad el resto de su existencia?

Además, yo de bares de putas y de putas sé poco, la única vez que estuve en uno fue en un viaje en coche de Los Angeles a Tijuana, fue durante unas vacaciones de verano de 2014 mientras estaba estudiando inglés en Los Angeles. Los profesores de la academia de verano estaban obsesionados con que ninguno de los alumnos hiciese una escapada el fin de semana a México, lo cual lo convirtió automáticamente en una de las opciones más interesantes que había para pasar unos días cerca de California; la confirmación total de mi interés vino cuando pregunté la razón de aquella advertencia a un par de profesores y su respuesta literal fue:

—Don't go. México is just bad. Mi reacción natural fue nada más salir por la puerta convencer a otros dos estudiantes suizos y alquilar un coche para cruzar la frontera al día siguiente.

Pasamos la noche en Tijuana yendo de antro en antro por la calle principal hasta el momento en el que ya íbamos muy perjudicados y a uno se le ocurrió la magnífica idea de ir a un bar de putas. Así que, como era el único que hablaba la lengua local negocié con un tío que nos llevara hasta allá; una vez estábamos a mitad de camino empecé a acajonarme porque, aunque parecía totalmente de confianza, llevábamos ya andando un rato alejándonos de la calle principal lo suficiente como para no ser capaces de oír la música de los antros, o lo suficiente como para que la gente que estaba en los antros no pudiese oír nuestros gritos de auxilio; en caso de que algo pasase, según como se mire.

Al llegar al lugar, nos sentamos en un sofá polvoriento de color malva (nos dimos cuentas que la cara de mi amigo al que se le ocurrió la idea ya había cambiado totalmente, y era un auténtico poema al percatarse de la decoración del lugar) Yo, por mi parte, no paraba de mirar con cara de horror los rincones

diferentes que conformaban el hall del putiferio. El chulo llamó a la camarera que nos diese tres tragos, los cuales abonamos de forma automática y se metió dentro a enseñarnos las chicas; salieron una tras otra y se pusieron delante de nosotros para que las mirásemos, sentados, desde el sofá de la antesala. La siguiente era peor que la anterior, parecían los supervivientes de la batalla de Waterloo. La que no tenía un problema en el habla, cojeaba, tenía cicatrices de haber parido varias veces o tenía un ojo pipa. Los suizos, lógicamente, negaron con los brazos mirándome como pidiendo explicaciones por algo, yo tuve que usar con el chulo las mejores técnicas de persuasión sofistas con el único objetivo de salir de allí con vida.

—Pero...¿Qué mierda les pasa a los rubios?...Weii, ¿Son comevergas o qué?

—Parece ser que son comevergas y me avergüenzo profundamente de ellos y pido perdón personalmente por ello, pero, como vinimos juntos, nos vamos a ir juntos-le respondi de la forma más calmada que supe. Pagué 30\$ más por habernos llevado hasta allí y por las molestias. Nos largamos a paso ligero y sin mirar atrás. Esa ha sido la experiencia más cercana a contratar los servicios de una profesional del sexo, con lo cual, al no tener ningún argumento que ayudase a F\_rancisco a hacerle entender lo peligroso que es teniendo familia recurrir a este tipo de servicios, decidí utilizar la única neurona melancólica que me quedaba ante semejante lluvia de meteoritos de realidad y pesimismo ajeno para preguntarle:

—¿Y qué hay de tus amigos?

—a) O son iguales que yo b) Se han puesto la venda en los ojos hace tiempo y viven infelices c) Han tenido los huevos de divorciarse d) Han muerto.

—¿Aquí todo el mundo peca, niño, en mayor o menor medida... pero todo el mundo cae, y el que no peca es porque vive en la cueva sin probar la manzana y no se expone a nada; los que ni creemos ni en Dios ni en otra vida después de esta, no nos podemos permitir malvivir así.-sentenció.

Esa conversación ha sido la que más me ha aportado de mis reuniones con F\_ancisco “el animal” para jugar al tenis.

Llegados a este punto laboral de no retorno, la solución conservadora consistiría en hacer una transición suave de un trabajo a otro, es decir, aguantar en este empleo y usar el tiempo de la oficina para aplicar a otras ofertas de trabajo en vez de perder el tiempo en escribir mierdas como estas,

hasta que encuentre una que me satisfaga, aprovechándome de la ausencia de inmediata necesidad, ya que mantengo, por ahora, mi sueldo y puesto.

De esa forma, no tendría problema económico alguno; además, el entorno me favorece, puesto que al ser periodo post vacaciones los trabajadores que están pensando en cambiar de aires, cogen el finiquito y se buscan otro empleo, es un periodo de cambio de sillas.

Por otra parte, siempre me ha seducido el concepto de la pérdida de la dignidad laboral de los expatriados o inmigrantes cuando viven en el nuevo país: creo que cuando una persona abandona su país natal para embarcar una aventura desconocida en otro horizonte deja consigo familiares, amores, amigos, pero también una parte de su dignidad; y eso se puede transformar en una maravillosa arma de desarrollo personal. En el nuevo mundo, los expatriados somos capaces de tener empleos o hacer trabajillos que en nuestro país nunca nos plantearíamos: en mi primera etapa aquí, me daba igual dar clases de inglés a niños que ser entrenador de fútbol, que monitor de tiempo libre, que trabajar esporádicamente de modelo, traductor o, incluso disfrazarme de Santa Claus en un centro comercial e ir haciendo el gilipollas meneando una campana y gritando imbecilidades en inglés a niños y a adultos: el caso era poder pagarme una semana más de alquiler y diversión. También, el hecho de verme haciendo semejantes actividades variopintas a cambio de dinero creo que da un cierto aprendizaje versátil maravilloso. Es algo que especialmente admiro de las personas que conozco que viven aquí sin una estabilidad laboral, ni una visa que les asegure que el mes que viene puedan quedarse, ni la capacidad de encontrar un trabajo de oficina serio en una empresa internacional. Para estos individuos la misión principal es tener una idea de negocio en la que crean y hacer todo lo posible por encontrar financiación para ella y, mientras tanto, buscarse las castañas para lograr independencia económica y sobrevivir durante el tiempo que dure su misión.

Por eso me encantan los hermanos Balbec, llevan aquí la de dios de tiempo, pero, por circunstancias relacionadas con su relativamente bajo nivel de educación y la regulación del país en cuanto a esta materia se refiere, no son aptos, oficialmente, para poder trabajar de forma legal con una visa para una empresa importante; por eso, simplemente se buscan ellos mismos otras maneras de financiarse la vida: han montado una consultoría entre ambos ( su actividad comercial bajo la categoría de “consultoría” abarca desde la organización de poolparties en hoteles a las afueras de la ciudad como la compraventa de mezcal o la organización de jornadas de retiro espiritual

aprovechando que el pequeño de los hermanos se leyó algunos libros de yoga durante sus vacaciones en Camboya) En invierno, siempre llevan uno una bufanda de Gucci y el otro de Louis Vuitton, con los logos bien visibles, como suele ser común en algunos países de su Sudamérica natal y calzan normalmente calcetines deportivos, ya sean blancos o de colores más discretos, pero siguen siendo calcetines deportivos siempre con zapatos.

El pequeño tiene un perfil bastante más tranquilo y reflexivo que el mayor y es mucho más corpulento, el mayor, Elstir, es más extrovertido y se dedica más al trato de clientes mientras que el otro lleva el negocio. Elstir es ex cocainómano y, aunque no toma nada desde hace mucho tiempo, gracias también al apoyo constante de su hermano en el pasado, se puede apreciar las huellas de sus vicios en las marcas que tiene en los nudillos, los cuales se sigue mordisqueando de forma nerviosa siempre que se excita, sobre todo al hablar de sexo o dinero. Otro punto interesante, sobre la relación comercial entre estos hermanos, es que, aunque seguramente, la empresa no dé más de 5.000\$ al mes de beneficio, su protección para con ella es tal que cuando se van de vacaciones o en viajes de negocios eligen vuelos diferentes para, en el caso de que el avión tenga un accidente mortal, el otro hermano continúe con el legado empresarial Balbec. Es cuanto menos notable el hecho de que, a pesar de nunca incumplir esta regla no escrita, no tienen ningún problema en, después de una reunión de negocios en la cual se han embriagado hasta la pérdida casi total de sus sentidos de vista y oído, montarse ambos en un Tuk-Tuk o Taxi no oficial conducido a toda velocidad y sin seguridad alguna, por algún taxista local.

Cada mes, me cuentan una historia diferente, cada mes se reinventan, me piden pasta para llegar a fin de mes, pero ahí están, haciendo algunos meses más dinero que yo y otras veces menos, pero moviéndose, luchando, fallando mucho y acertando poco pero aprendiendo, constantemente motivados, con sueños frágiles e ideas descabelladas. Pero siempre a flote.

Volviendo a mi dilema, la cuestión principal puede tener que ver con que sea un problema generacional y haya más gente que se sienta de esta manera; lo que pasa es que, antes la gente sufría estas crisis a los cuarenta o cincuenta, como el bueno de F\_ancisco, y las consecuencias podrían ser de diferente índole: dejar a la familia e irse a clubs de sadomasoquismo, huir a destinos exóticos sin mirar atrás, pasar de ser director en una conocida firma financiera alemana a hacerse travesti en Tailandia... Pero puede ser que el entorno

cambiante y los acontecimientos hayan hecho que, en nuestra generación, surja esta incongruencia existencial en un periodo cada vez más temprano.

Al volver a casa tenía pensado ir al gimnasio como de costumbre pero me dio tanta pereza el repetir la rutina del día anterior que decidí tumbarme en la cama. Nunca me suelo tirar a la cama al llegar del trabajo porque sé que en invierno me da tanta pereza ir al gym, que las posibilidades de que me incorpore, decida cambiarme de ropa y me anime a salir a la calle son remotas, con lo cual mi rutina es desvestirme y ponerme la ropa de deporte nada más entrar a mi habitación. Este día fue diferente; en el momento en el que me tumbé en la cama divisé, entre ésta y la silla un cigarro del fin de semana, doblado, pero no partido. Me lo encendí, aunque fuese para cambiar mi rutina, desvaneciéndose otra remota posibilidad de hacer cualquier tipo de actividad deportiva. Cuando me había fumado ya la mitad, tumbado en la cama, boca arriba y con la mente en blanco, mirando los detalles del diseño del pitillo y cómo la ceniza caía en el cenicero de cerámica hecho por mí mismo durante una actividad de la empresa en un taller de alfarería, me dio un asco indescriptible. Desde hace un tiempo, tengo una relación amor-odio con el tabaco, no suelo fumar nunca entre semana si no bebo (en el trabajo nunca) pero cuando bebo me parece imposible no hacerlo. A pesar de saber que soy un esclavo alcohólico social festivo del tabaquismo nunca me he resignado del todo a serlo para siempre. El tabaco simple y llanamente refleja lo peor del hombre colonizador blanco ¿Cómo podríamos explicar a un niño de una tribu africana que no tiene para comer racionalmente el concepto del tabaco? “Mira, niño: en el otro lado del mundo la gente se gasta dinero en comprar estas cositas, que no tienen ningún efecto relajante, excitante ni eufórico demostrado, como, por lo menos tienen las drogas o el alcohol, pero lo que hace es que te deja la ropa con olor a ceniza, te va matando por dentro y te va demacrando el aspecto físico por fuera a medida que lo consumes y, además, aunque están hechos todos de los mismos ingredientes venenosos, les ponemos diferentes colores, precios y marcas para que el consumidor decida entre unos u otros a la hora de hacer el acto comercial de pagar su salud y dinero a cambio de cáncer...¿Qué te parece? Son fascinantes las costumbres y hábitos de los hombres blancos: maravilloso mundo libre de occidente, ¿verdad?”

La teoría la tengo muy clara, pero, desafortunadamente, sé que la próxima vez que beba seguramente lo haga con un cigarrillo en la otra mano y luego otro y otro: así hasta que considere que se ha hecho tarde o ya no quiera beber una

gota de alcohol más de alcohol, y me vaya a casa. Además, como las cosas cuando van mal siempre son susceptibles de empeorar todavía más, justo antes de dejar el móvil a un lado cargando y cerrar los ojos, vi un mensaje colectivo nuevo en el grupo de Wechat de mi empresa.

El mensaje decía que “a partir de la semana que viene todas las sucursales usaremos el mismo sistema para fichar al llegar al trabajo que el que estaban usando en la central en Pekín”. O sea que, desde ahora, cada trabajador deberá fichar siempre que entre o salga de la oficina antes de las 9.00 de la mañana o las 16.00 de la tarde respectivamente a través de su teléfono móvil. Toda posibilidad de trucar el sistema o buscar una estratagema para evadirlo se esfumó al leer en el segundo mensaje: “El sistema esta sujeto a geolocalización” con lo cual, en el momento de fichar hay que estar literalmente ya en la oficina, además “será necesaria una foto diferente diaria del trabajador en el momento de activar la aplicación móvil para cerciorarse por reconocimiento facial que no se trata de una foto antigua”. Pruebo a descargarme la aplicación, me hago un selfie para saber cómo funciona el sistema antes de que sea oficial y obligatorio su uso, mi sorpresa al ver que en el momento de hacerse la foto han incluido un brillante contador en la pantalla en el cual los trabajadores en el momento de fichar podemos ver nuestra propia cara con un enfermizo smile ránking o medidor de sonrisa, a la derecha, en el cual se puede ver una puntuación que sube o baja en función de la amplitud de la sonrisa en el momento de hacerte el selfie. Me hago la foto, fuerzo una sonrisa, saco un 39% *smile*, soy el quinto más feliz de los 45 compañeros que, por ahora, han probado la aplicación.

No me sorprende, nada ya me sorprende.



Puesto que, el pasatiempo favorito de nuestra generación se basa en el método de supervivencia por auto medicación basada en el consumo de píldoras de experiencias fugaces promovidas por la tecnología; sinceramente, creo que sufrimos de una carencia generalizada de alma. La tenemos atrofiada por no usarla y la forma en la que hacemos uso de las redes sociales en particular, y la tecnología en general, tiene una influencia determinante en la materia.

Para empezar, antes de la existencia de YouTube y la tendencia del consumo de contenido bajo demanda, la mayoría de nosotros crecía embobados mirando video clips en MTV que reflejaban un estilo de vida que estaba a años luz de nuestro alcance. Desde que la tecnología nos ha facilitado el acceso al contenido social rápido e instantáneo hemos llegado al punto en el que estar expuestos a esto es parte de nuestra fuente diaria de información sobre lo que pasa en el mundo.

Estamos tragando más contenido sobre no sé quién llevando un estilo de vida tan lujoso e irreal del que podemos digerir sin echar la pota. Y lo peor de todo es que solo vemos lo bueno, lo resplandeciente, no nos muestran nunca la cantidad de mierda aburrida y deprimente que ha tenido que pasar la celebrity de turno para poder llegar a donde está. Creemos que para llegar al punto de a ser un Jay Z o una Beyoncé se tarda en llegar lo mismo que se tarda en ver sus vídeos. Con lo cual, pasamos totalmente por alto la única razón por la cual esta gente es exitosa, por la cantidad de días, semanas y años malos de trabajo duro que nunca se publicarán, por aburridos, pero que les han llevado a estar donde están. Ninguno de nosotros nos vamos a ver dentro de una piscina en Malibu abriendo botellas de champán “like a rockstar” en el tiempo en el que creemos que requiere conseguirlo.

En cierta manera, todos los elementos que conforman nuestro nido juvenil ya sea la mamá, el papá o la tele contribuyen a convencernos de lo especiales y talentosos que somos todos en nuestro interior. El problema de fondo es que generalmente ni Dios es especial respecto al concepto de éxito del imaginario colectivo. No todo el mundo lleva un emprendedor dentro de él, no todo el mundo es creativo, o tiene dentro de sí un artista...¡Qué sé yo!... el concepto

de éxito que esta sociedad occidental, demócrata, capitalista, nos intenta vender no creo ni que exista. El aburrimiento, el matarse a trabajar y los fracasos forman este de este éxito de los influencers y celebrities de los que solo vemos los 10 segundos brillantes de sus videos.

Ya no hace falta más de diez minutos para encontrar en internet a alguien de tu mismo país que tenga más talento en un determinado ámbito en el que tú te creías el puto amo, y eso molesta; para los que nos hemos criado con este concepto enorme de éxito, jode; es un bofetón a nuestras ilusiones.

Esta forma *fast food* de ver el mundo y la gente que lo forma nos ha toxicado también la manera de tener relaciones profundas, ya sea con nosotros mismos como con el resto, nuestra paciencia para relacionarnos con el entorno que nos rodea se ha atrofiado. Tomarse al pie de la letra la vida de un famoso que mole en Instagram o de un rapero hablando de su *Climb to the top, Started from the botton now we are here* es como ver un tráiler y esperar que el resto de la película vaya a ser igual. En las redes sociales no hay escenas aburridas o días grises y, ¡Coño!, si los hay, pues les metes un filtro y se vuelven hasta más cool que los soleados.

Este total desencanto laboral y por lo tanto de aspiraciones, unido a un periodo de discusiones con mi novia Buba, después de casi dos años de relación me estaban empujando a la situación de cortar por lo sano y plantearme el volver ser un hombre soltero. Tengo verdadero pavor a convertirme en alguien parecido a los *business men* de Shangai con los que hablo, ebrio en clubs o bares, pidiéndoles consejo sobre cómo llevan el tema de fidelidad en el matrimonio llevando un tren de vida en el que la exposición a cagarla es bastante más alta que en otros países y con otro tipo de trabajos.

Como ya me dijo F\_ancisco, el “animal” en su momento, todos acaban confesando, y si no lo hacen su mirada esquiva les delata, es automático. No podía permitirme acabar como uno de esos cobardes, de los que salen de caza por la noche sabiendo que tienen el calor del hogar para sentirse seguros, de los que no sueltan una rama si no tienen otra bien agarrada, por miedo a la posible caída.

Al cabo de unos meses pensándolo y después de la cuarta o quinta discusión de la semana, al llegar a casa, decidí sacarlo todo: me armé de valor y, desde mi cama tumbado boca arriba mientras ella estaba sentada en el balcón comiendo los tallarines picantes con ternera que había pedido, le dije que no podía seguir de discusión en discusión, que habíamos perdido la chispa, que el

sexo ya no era estimulante y que me lo pasaba mejor con mis amigos saliendo solo que cuando venía ella: ¡Ah!, y que era un alcoholico social y disfrutaba y me sentía libre siéndolo. Esto, unido a la implacable sombra del hecho de que irrefutablemente tomaríamos caminos separados el año venidero a causada de su necesidad de nutrirse de conocimiento extranjero haciendo un máster en Inglaterra, ponía la situación bastante sensible al derrumbe. Yo esa decisión suya la apoyaba por completo; era necesario para ella para tener futuro mejor el experimentar vivir en el extranjero por una temporada, de eso no había duda.

A partir del momento en el que abrí la boca para replicar la razón de otra discusión más, comenzó el carrusel de las 48 horas de sentimientos más a flor de piel que he vivido hasta ahora. Acto seguido a mi desahogo, llegó el suyo, conformado por una mezcla de echar en cara comportamientos no deseados, con razón, y justificaciones a comportamientos propios cuya naturaleza venía, como dijo, de inseguridades propiciadas por la falta de apoyo y cariño por parte de su familia. A partir de este punto la llorera mutua fue histórica, ella sentada en la silla con la mirada al vacío de la ventana y yo de rodillas abrazándola, ambos sumidos en un mar de lágrimas. Cuando volvimos a la cama, la calma y la racionalidad había asomado, aunque el resultado parecía ser claro. Esa noche por primera vez en un año y medio dormimos colocados de la manera opuesta, yo en el lado más cercano a ventana (lado izquierdo de la cama) y ella en el lado de la entrada (lado derecho de la cama), puesto que debido a nuestras limitaciones posturales para encontrar un sueño profundo y efectivo durante la noche, es difícil que podamos normalmente dormir abrazados. Yo solo puedo conciliarlo durmiendo hacia mi lado izquierdo y ella hacia el derecho; siempre duermo en lado derecho de la cama porque ella no quiere dormir cerca de la puerta; sin embargo, de esta manera encajábamos cual puzzle durmiente: a qué puntos hay que llegar para decidir hacer pequeños cambios rutinarios que mejoren la relación (aunque sean cambios posturales nocturnos)

El día siguiente fue uno de los mejores que hemos pasado juntos, creo que no nos soltamos la mano hasta volver a casa, caminábamos abrazados, no recuerdo cuántos besos la di, salimos a comer fuera esforzándonos por elegir un sitio especial, fuimos a una pijada de sitio nuevo para tomar el brunch que estaba lleno hasta los topes, me pedí un croissant de prosciutto y camembert y unos huevos Benedict con salmón de Noruega y salsa de romero y ella un *Spanish breakfast* que consistía en huevos rotos con chorizo, salsa a lo patatas

bravas y un bollo de crema; el servicio del lugar fue de los peores que he tenido en esta ciudad por no decir el peor, pero no me importó, nos daba igual esperar, ojala hubiese durado allí tres días y cuatro noches, cuando fuimos a pagar nos invitaron a las bebidas debido al precario trato. Volvimos a casa.

A todo esto, el brunch es un maravilloso invento de las mujeres inglesas de las casas acomodadas de Bloomsbury en el siglo XVIII, como excusa para ponerse moradas a vino tinto antes del mediodía, mientras apostaban en carreras de gansos.

Esa noche estuvimos juntos mirando las posibles universidades a las que podría ir en unos meses a estudiar el máster; la verdad es que había hecho un gran trabajo de investigación. Todas las opciones que había elegido me gustaron; por supuesto, estuve todo el tiempo evitando el pensar demasiado en lo caras que somos en Europa y Norte América en cuanto a los precios de los estudios de postgrado para estudiantes extranjeros. Sobre todo en las universidades de países con bastante renombre internacional como puede ser másteres en arquitectura o negocios en Inglaterra o Canadá. En los Países nórdicos, por el contrario, los precios son bastante más lógicos a pesar del alto nivel de vida. Ya pueden dar un servicio excelente porque la factura anual es cuanto menos surrealista. A la hora de acostarnos, tuvimos un sexo espléndido, como hacía meses no teníamos y nos despertamos abrazados tan fuerte como si nos hubiésemos dejado una ventana abierta toda la noche durante un frío invierno polaco.

Se levantó con una sonrisa cansada preguntándome cómo había dormido, ella no había dormido nada. Eran ya las 10 y media de la mañana y no teníamos ninguna gana de levantarnos para ir al trabajo, ambos sabíamos que a partir de ese momento, el final era inevitable. De pronto me miró y me dijo:

—He soñado contigo y cuando me he despertado, durante un segundo, he pensado que lo que ha ocurrido este fin de semana no es verdad, y que seguiremos juntos.

Nada más termina la frase me entró una llorera legendaria de impotencia, la segunda en día y medio; a ella también, volvimos a abrazarnos con los hombros húmedos y nos quedamos en esa posición una hora más. Lo que llegó a continuación fue demoledor: me fui a la ducha y cuando volví a la habitación, ella estaba recogiendo sus cosas, me miró con su carita de ángel y me preguntó que si podía usar una de mis bolsas para meter su ropita de niña y sus colonias y cremas, que tanto tiempo han dado inocencia, buen gusto,

perfume y vida a mi casa. Hacemos la cama juntos, en silencio, ya todo fue en silencio. En el ascensor nos miramos en el espejo y lloro de nuevo; entra una persona y estamos los dos con lágrimas en la cara: a mí me la pela, el descenso del ascensor desde mi piso 17 dura unos veintitantos segundos si nadie entra, con lo cual la agonía es interminable. Vamos andando juntos al metro, hablamos de la vida, hacemos bromas, reímos pero la mirada no acompaña a la sonrisa cuando nuestros ojos se cruzan.

Al llegar a la boca del metro la abrazo y me desplomo, ella igual, de ahí no se puede alargar más la situación, mi última imagen de ella fue borrosa por las lágrimas en los ojos, verla bajando las escaleras desapareciendo en la boca de metro. Hicimos la broma que siempre solíamos hacer en las despedidas de pretender que nos habíamos ya despedido sin darnos la vuelta, para luego girar la cabeza y mirarnos tres o cuatro veces antes de desaparecer por completo de la mirada del otro. Esa fue la última vez que la vi, a mi pequeña, entrañable, especial, fuerte: Buba.

Desde ese momento, mi mayor temor no fue otro que olvidarla, no me importaba demasiado que ella me olvidase por completo, pero la idea de que mi estúpido cerebro, con su implacable sentido de supervivencia, osara activar su mecanismo gélido, aliado con el tiempo, ambos trabajadores eficaces en el arte del olvido, sería algo que no me perdonaría, que la pena sea infinita con tal de que siga siendo pena, pero nunca indiferencia.

Los días siguientes los pasé entre la oficina y la calle, saliendo a dar paseos a despejar la mente, vagando como un zombi melancólico entre la gente. Hacía tiempo que no me paraba simplemente a observar la realidad de una forma tan distante, viendo los consultores financieros o agentes bursátiles con sus diferentes caras, cuerpos e indumentarias inmersos en sus propios intereses y deseos matutinos. La figura del traje como elemento común en la mayoría de los hombres, ese ropaje de dos o tres piezas llamado traje, capaz de hacer que un simple puertés de discoteca se crea el príncipe de Gales, parece dar unos cuantos centímetros más de polla y autoestima a cualquier mequetrefe: permite a un mediocre sentirse importante. Es curioso ver cómo todas las clases sociales han adoptado elementos de consumo, pertenecientes naturalmente a la clase social inmediatamente superior a la suya, con el fin de reafirmar su personalidad a través de las aspiraciones económicas.

En la clase media baja, el elemento estrella son las zapatillas deportivas caras; en algunas zonas de Brooklyn habrá jóvenes de guetos que no tengan claro si van a poder hacer frente al pago del alquiler pero nunca saldrían a la

calle sin sus Jordan en verano o sus Timberland en invierno; por otra parte, con respecto a la clase media-alta, el elemento común adoptado de la clase alta son los coches de alta gama. En específicos sectores de la clase media-alta española, en especial la urbanita, el hecho de tener un coche alemán (en especial, un Mercedes Benz, un BMW o un Audi) impera, en muchos casos, sobre la prioridad de irse con la familia a un destino desconocido al gusto de todos durante las vacaciones de verano o pagar ese extra en educación privada cara para los hijos.

Decido intentar alejar el foco de mis pensamientos de la sociedad y los humanos y me dirijo a un parque céntrico. Leo en un cartel que pone prohibido sentarse en el césped: es uno es de los céspedes más cuidados, verdes, claros y apetecibles que recuerdo; me quito los zapatos y los dejo fuera de la cerca y camino hasta el medio, me siento, miro a mi alrededor y luego me tumbo boca arriba. Tengo el sol en la cara y, al cerrar los ojos, veo rojo a causa de los rayos acariciando mis parpados por fuera; vuelvo a abrir los ojos y me fijo en la única nube. Perfectamente blanca, sobre un cielo sorprendentemente despejado; tiene la forma totalmente distinguible de un feto humano dentro del útero, con su cabeza grande y sus manitas y espalda arqueada. Hay una ligera y reconfortante brisa que mueve las hojas de las copas de los árboles que están dentro de mi perímetro visual, se filtra por el cuello de mi camisa proporcionándome una sensación de bienestar costero Mediterráneo; veo la nube moviéndose poco a poco por el cielo azul inquebrantable, deformando las partes del feto y desintegrándose lentamente como un brochazo blanco de témpera aceitosa, hasta que, en un plazo de unos cinco minutos no queda nada: el cielo completamente azul, impoluto en un lienzo, y la brisa todavía en la cara, como un aborto en Santorini.

## epílogo 结语

Este libro fue escrito exclusivamente durante mi jornada laboral, el tiempo que duró mi contrato en una conocida firma de inversión inmobiliaria en una de las oficinas del *Portman Ritz Carlton Hotel* en la ciudad de Shangai.

La herramienta con la que lo escribí fue un ordenador portátil HP propiedad de la empresa, desconozco el modelo.

Las ilustraciones han sido concebidas, durante la hora de la comida usando los lápices de los hoteles *Four Seasons* e *Intercontinental* que iba cogiendo durante mis viajes de negocios; posteriormente han sido redibujadas y pasadas a formato digital usando un Microsoft Surface que compré con mi último sueldo extra antes de renunciar a mi puesto en la corporación.

Los nombres citados durante el libro pertenecen a personajes de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, (salvo el de F\_rancisco, que es su nombre real pero, por respeto, he creído mejor mantener su anonimato); esta obra, que siempre me ha inspirado, ha sido la causa principal de mi decisión de emprender la mía propia, aunque hablar de Proust como inspiración, después de escribir esto, se puede considerar hasta de mal gusto.

epitafio墓志铭

*“Es mucho más fácil para la sociedad actual imaginar el fin de toda la vida en La Tierra que un mucho más modesto cambio radical en el capitalismo”.*

*Slavoj Zizek*